

A black and white photograph of a man and a woman in swimwear. The woman is sitting on a concrete ledge, leaning towards the man who is standing behind her. They are both looking at each other. The woman is wearing a dark one-piece swimsuit and high-heeled sandals. The man is shirtless and wearing dark swim trunks. The background is a plain, light-colored wall.

Marie Gauthier

VESTIDA
DE CORTO

Traducción de Blanca Gago

Nórdica

VESTIDA DE CORTO

MARIE GAUTHIER

Traducción de Blanca Gago

Título original: *Court vêtue*

© Editions Gallimard, 2019
Edición en ebook: junio de 2020

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-39-6

Diseño de colección: Filo Estudio
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«*Caminaba a paso largo,*
ligera y vestida de corto».

JEAN DE LA FONTAINE

Cuando llegó, la casa estaba vacía. Félix entró rápido, con la bolsa al hombro. A partir de entonces, tendría que comer, dormir y vivir ahí, a pesar de que no conocía a nadie en la casa. Subió sus cosas al piso de arriba, tal como el hombre le había indicado, y al bajar se detuvo en mitad de la escalera. Las paredes, los ruidos, le resultaban extraños. Pero aún se oía el motor del coche en el patio. Su madre, antes de marcharse, se había puesto a hablar con el hombre. Pero nada importante estaba en juego ahí fuera. Solo un par de manos que se estrechaban. Lo importante era que el coche iba a arrancar de nuevo. A decir verdad, Félix y su madre no se habían despedido. Ella ya nunca lo perseguía para darle un beso. Ya no hacían esas cosas. Ni siquiera lo buscaba con la mirada. Habían llegado a buen puerto y todo estaba bien. Ella se había entretenido hablando un poco y luego Félix había oído el portazo al salir. Se sentía un poco perdido porque nunca había estado en ese pueblo. Pero si lo habían dejado allí, ya vendría alguien a buscarlo. Unos días antes, le habían pedido que rellenara unos formularios y le habían dado esperanzas sobre su futuro. En todo caso, las compras con su madre, los días de lluvia y los largos ratos de espera dentro del coche en el aparcamiento de los grandes almacenes habían terminado.

Seguro que esa especie de desazón acabaría desapareciendo. Nunca más tendría que avergonzarse de ella. La precipitada huida de su madre había barrido de golpe la casa familiar llena de niños. Al fin podría respirar. Una vez hubo aplastado la colilla con el pie, el hombre del patio le dijo que regresaría más tarde para ocuparse de él. Vio como una chica alta de cabello claro y despeinado pasaba por delante sin decir palabra. Poco después, volvió donde estaba él y le enseñó la cocina; el salón, con el sombrío aparador; la mesa rústica; el sofá de terciopelo raído. En el piso de arriba solo había habitaciones contiguas, un baño y un aseo. Antes de escabullirse, en el pasillo de arriba, le dijo:

—Me llamo Gil. —Félix pensó que podría vivir bajo el nuevo techo, sentirse a gusto en aquella casa extraña, olvidar la suya, olvidar a sus padres. Sería una visita sin identidad, procedente de ninguna parte y con una bolsa y un papel en el bolsillo como único equipaje. Aprovecharía el hecho de no tener ya pasado alguno. Su vida comenzaría a partir de ahora. Quería salir de la infancia, alejarse de aquellos a quienes había conocido hasta entonces, deshacer los vínculos.

El hombre, que apenas había intercambiado unas palabras con su madre, no le había preguntado gran cosa, ni siquiera con el paso de los días. Tenía la cara redonda, el cabello abundante y los ojos claros. De pie en la cocina, el ancho cinturón de cuero le ceñía el polo al vientre. Llevaba un pantalón marrón y una chaqueta de tela gruesa color tabaco. Era musculoso, un poco recio y tenía la mirada dulce y brumosa. Sonreía de buena gana. Después de comer, se fumaba un Gitanes Maïs y la colilla se le iba moviendo de un lado a otro del labio inferior mientras farfullaba trozos de frases entre calada y calada. Se servía a voluntad en una copa vino blanco que bebía de dos tragos, antes de enjuagarla con el dorso del dedo y colocarla en el escurridor. Félix se quedaba mirando fijamente la colilla porque esperaba alguna indicación sobre el trabajo que tenía que hacer. Quizá debería intuir alguna instrucción en aquellos balbuceos.

Apoyado en la pared, el señor de la colilla exhalaba el humo haciendo anillos hasta que, por fin, aplastaba el cigarrillo en el cenicero de cristal que había en un rincón del aparador.

En la cabeza de Félix, todo estaba un poco confuso. Lo habían metido allí porque no sabían muy bien qué hacer con ese cuerpo torpe de adolescente. Todo el mundo opinaba que estaba hecho para el exterior. La orientadora le había sugerido que hiciera unas prácticas como aprendiz. Por eso Félix se encontraba en casa de esa gente. Iba a descubrir el trabajo al aire libre. Se suponía que el tipo de la colilla le iba a enseñar un oficio. Al principio, lo que más le enseñaba era el bar. Por la mañana se pasaban un rato, y ya entrada la tarde, se quedaban más tiempo. Había momentos divertidos con algo de emoción: los parroquianos, las copas, la alegría de estar juntos. Dentro hacía un calor sofocante. El alcohol que iba llegando cambiaría las cosas, traería algo nuevo. Los hombres del mostrador no dejaban de bromear, siempre estaban abrazándose y diciendo cosas que solo ellos comprendían. Borborigmos. Imposible saber si se trataba de algo verdaderamente importante. Si versaba sobre la vida o el pueblo, si concernía al aprendiz. Félix se preguntaba si realmente estaba allí para aprender algo. Esas misas en voz baja en la barra del bar lo sumían en la duda. Quizá, simplemente, lo estaban poniendo a prueba. No parecía nada serio. Los hombres se reían de él porque aún parecía un niño. Pero él también se reía, incluso de las bromas más inciertas. Como sabía que el vino lo tumbaba, fingía. Apenas mojaba los labios al llevarse el vaso a la boca. Le gustaba. Quizá su futuro consistía en eso, en beber vino blanco en el bar. Al subir a la camioneta, el señor de la colilla le pedía que se sentara a su derecha y le repetía que deseaba enseñarle el oficio. De hecho, le ordenaba que quitara las flores marchitas del monumento a los caídos, que barriera los escalones del ayuntamiento, que llevara de aquí para allá unos bidones grasientos que olían a gasolina. Después de dar las instrucciones, el señor de la colilla se dormía en un banco. Pero eso, con la gorra puesta, no se veía.

Félix ignoraba cuánto tiempo iba a permanecer lejos de sus padres. No había nada previsto para su regreso. Había aterrizado en esa casa solo parcialmente ocupada, al fondo de cuyo pasillo había una puerta, y detrás, un gran vacío. Y esa gente no hacía nada al respecto. Quizá una antigua granja se abría hacia el patio. Las casas viejas suelen conservar trazas algo dudosas, como esas manchas de aceite en las paredes, que dejan entrever vidas pasadas y más bien inquietantes. Señales de peleas, cosas vagamente siniestras. En el techo había una marca de sangre de un color desvaído por el tiempo, justo encima de la cabeza de Félix. Ahí es donde viven los fantasmas, donde luchan cada noche a lamparazos de petróleo. Félix dormía contra ese vacío, sin saber lo que había dentro. De madrugada, las vigas crujían, la piedra rechinaba. Pero de algún modo, la casa, vasta, maciza e inmensa, se enfrentaba a todo eso. Félix nunca había dormido en un sitio tan grande. No sabía muy bien dónde estaba.

Una mañana temprano, mientras esperaba al señor de la colilla sin saber por cuánto tiempo, abrió la nevera para ver lo que había dentro. Se sintió tentado por las natillas, pero supo resistir. Frente a la ventana pasaban camiones volquete cargados de gravilla.

—De la empresa del Emilio —había dicho el señor de la colilla.

Hacían un ruido terrible durante todo el día. A Félix le entraron ganas de volver a su habitación. Como estaba en calcetines, resbaló en el suelo de madera barnizado, erró el escalón y la escalera se puso a gemir. Acto seguido apareció el perro. La chica se lo había presentado como

una mezcla de no se sabía muy bien qué. Félix se entendía bien con los perros, uno siempre puede entenderse bien con un perro. Dodo lo miraba con unos ojos negros y húmedos. Habría agradecido que alguien lo sacara. Pero Félix no tenía ninguna intención de pasearlo, de enfrentarse a la luz que ya a esa hora resultaba asfixiante, así que lo puso a correr por el interior de la casa. Lo picó, lo excitó, le metió un calcetín hecho una bola en la garganta, luego lo retiró, se lo lanzó. Intentaba que se pusiera agresivo, pero el perro retomaba su aire sumiso con una gran rapidez. Al bostezar, mostraba unos dientes blancos y desprendía un olor a croquetas. Era un pedazo de pan. Félix podía lanzarle cualquier cosa. Después de jugar, se tumbaron en la cama. El perro se enroscó como si fuera un gato. Félix, también.

Gil era un poco mayor que él. No paraba ni un instante. Salía, volvía a entrar dando portazos. Podía desplazarse con los ojos cerrados. Se ocupaba de todos los quehaceres de la casa, pero no hablaba mucho. Se apartaba el cabello de la cara y se lo ponía detrás de la oreja con un pequeño mohín. Tenía los ojos azules, las piernas finas. Félix nunca había visto unas piernas tan bonitas. Tenía una manera muy suya de moverse, recta y ágil a un tiempo, pero con algo más que latía ahí, enmarañado. Félix imaginaba su cuerpo bajo la ropa y, mientras ella ponía agua a hervir para la pasta, se preguntaba qué aspecto tendría en la bañera. El cuarto de baño era húmedo, caluroso, olía bien después de que ella saliera. Por la noche oía cómo ella subía la escalera, acariciaba al perro, se acostaba. No era el vino blanco del bar, ni la tierra en los zapatos, ni el monumento a los caídos que limpiaba una y otra vez lo que le gustaba a Félix. Era otra cosa. Le gustaba escuchar las idas y venidas de la chica con el perro detrás, resoplando con la boca abierta.

Félix se preguntaba si regresaría pronto, despeinada, si lo aceptaría en la casa. Hoy hacía fresco, a pesar del calor que hacía fuera. La aguja pequeña y la grande estaban a punto de moverse, ya se acercaba la hora de la comida. Al volver, Gil solía descalzarse para ponerse unas alpargatas de un rojo descolorido. También le gustaba ir descalza. A Félix le encantaba el susurro de sus pasos sobre la madera, sobre las baldosas. La contemplaba desde un peldaño de la escalera, sentado con los brazos cruzados. De repente, la tenía delante. Con los ojos clavados en los suyos. Félix se sentía desamparado. La mirada de esa chica tenía algo. Nunca sabía qué estaba mirando exactamente: la ropa de trabajo, las botas, las manos. Ella nunca preguntaba nada, no decía nada. Al parecer, con su actitud le otorgaba un lugar en la casa. Luego, con gran rapidez, subía a su habitación para volver a bajar al cabo de un momento. Esa agitación demostraba que estaba enredada en cosas más importantes.

Al principio, como Gil se ponía una blusa clara, Félix creyó que aún iba a la escuela. Pero no llevaba cartera ni se dirigía hacia la parada del autobús. Caminaba con seguridad por mitad de la calle. Tenía, sin duda, una vida fuera de la casa. Le debían de ocurrir un montón de cosas durante el día porque por la tarde el atuendo de colegiala ya no tenía la frescura que Félix advertía por las mañanas. La blusa, ligeramente arrugada, nada tenía ya de uniforme. Y cuando Gil volvía a bajar de su habitación, aparecía emperifollada con baratijas, brazaletes y lazos de colores, sombra de ojos y pintalabios. Félix se preguntaba si iba a salir, si regresaría tarde. La presencia del sofá, de aspecto macizo, lo tranquilizaba.

En realidad, trabajaba en el súper que había al final de la calle de los comercios. Por la

mañana, entraba temprano. El jefe le había pedido que llevara zapatos blancos para trabajar, así que se había comprado unos Scholl en la farmacia. El modelo de zueco playero le había encantado. Le dijeron que eran buenos para el calor y para la gente que pasaba muchas horas de pie. El encargado le exigía que los llevara siempre muy limpios. Con aquella blusa del súper, demasiado grande para ella, Gil estaba muy guapa. Hacía bien su trabajo, la limpieza, todo lo que le pedían. Pasaba la fregona por el suelo de la tienda, ordenaba los pasillos, mantenía muy limpia la caja registradora. Sabía teclear y dar el cambio, pero era el encargado quien se ocupaba de cobrar. En cuanto a ella, con tal de que fuera guapa y pulida, con tal de que limpiara bien y llegara puntual, ya era suficiente. El tiempo pasaba rápido ordenando. Solo cuando llegaba la afluencia de clientes del mediodía se daba cuenta de la hora que era ya. Antes de cerrar, el jefe la hacía pasar primero y después echaba la llave. Le decía:

—Hasta luego. —Allí no se quitaba la blusa, en la que llevaba cosida la etiqueta de la tienda. Lo hacía después, para ponerse el delantal antes de meterse en la cocina, puesto que era la única mujer de la casa. Regresaba a preparar la comida, siempre cocinaba ella. No reparaba en las largas jornadas. No conocía el cansancio. Ahora Félix ya sabía adónde iba. La veía marcharse por la mañana, volver a mediodía, marcharse de nuevo y regresar por la tarde. Siempre era lo mismo, para aquellos que se fijaban.

El encargado lleva una camisa blanca de manga corta, tiene brazos gruesos de hombre, manos de hombre. Un cuello esbelto. Un cinturón de cuero negro le ciñe el pantalón de pinzas, bien planchado, de color beis claro, que moldea unas nalgas lisas como tablas y se abre en unos zapatos de punta lustrados a la perfección. Bellos y elegantes zapatos que rechinan sobre las baldosas del suelo de la tienda. Los pelos de las manos le llegan hasta las muñecas. En la mano izquierda, lleva un reloj; en la derecha, una pulsera de plata grabada con la inscripción «JACKY». Cuando levanta un poco el brazo, se le ve la piel blanca y carnosa de las axilas. Cuando va a alcanzar algo de un estante de los de arriba, por la camisa entreabierta se adivina una mata de pelo que forma una especie de agujero negro. De cerca huele a desodorante, y más de cerca, a sudor. El encargado tiene el cabello brillante, el cuerpo nervudo, sólido. Nada sobresale. Los músculos pectorales, un poco marcados, revisten importancia a la camisa. En el cuello lleva una cadena a juego con la pulsera. Los dos botones desabrochados de la camisa confirman una actitud desenvuelta. Siempre adopta la misma postura, con las manos en las caderas, para supervisar la tienda, vigilar los pasillos, hablar con los clientes, con su empleada. Pero cuando se siente observado, baja los brazos. Su despacho está encima de la carnicería, protegido por un cristal que da al supermercado. Allí se mira a menudo. También en la vitrina del aparador de las pilas, o en el pequeño espejo resquebrajado que cuelga de la pared del almacén. Por si hay que alisar un mechón, asegurarse del brillo de los ojos negros, de la línea del bigote. Quiere que todo esté ordenado, sin falta. Hay que mantener ese cuerpo, esa tienda. Tiene cuadernos, registros, un ordenador. La boca fina y larga se le humedece cuando habla con los clientes, los proveedores, los repartidores. Almacena la mercancía, organiza las promociones, procura que todo resulte atractivo, fresco. Un vistazo de reojo a la vitrina y ya está disponible, concentrado. La cantidad de artículos, el tintineo de la pulsera, el suelo fregado con lejía, el ventanal, el pantalón, la camisa de manga corta son, para Gil, algo mágico. Poseen algo inmutable, reconfortante.

Aunque Gil seguía viendo el autobús escolar en la parada, lleno de chicas con falda, ya no se

montaba en él. Había empezado a trabajar y descubierto cierta realidad al mirar unas revistas que había birlado en un cobertizo. La ausencia de ropa la había llevado a conocer la libertad de los cuerpos. De noche, muy tarde, había puesto la televisión para observar a los animales en la naturaleza. Quería saber cómo era y lo había visto. Las escenas más brutales no la habían amedrentado. Un perro y una perra habían pasado por delante de sus narices enganchados, como perdidos, aullando lo mucho que les dolía el vientre. Caminaban aturdidos, de lado, sin saber adónde ir. Gil quería comprender qué era eso, estar preparada, sumergirse en ese dolor, experimentarlo. A pesar de la paciencia que empleó en espiar, lo único que alcanzó a oír fueron gritos y gemidos. La gente no se deja ver. A ella no le habría importado que la vieran. Le habría gustado tanto sorprender a una pareja al fondo de un granero lleno de heno... Desde luego, podía imaginar fácilmente el vaivén de las nalgas. Las revistas y las películas, con sus mujeres desnudas, sus excéntricos atuendos, sus posturas eróticas, le habían dado información, habían cambiado un poco el semblante de su propio mundo. Esas imágenes, en realidad, eran mucho más violentas que la visión de los animales copulando. Sin embargo, en aquellas fotos no había sufrimiento. Cuerpos desnudos que llenaban páginas y páginas de revistas, se agitaban en la televisión, pero, a fin de cuentas, todo quedaba interrumpido. Las revistas se cerraban, la película terminaba, alguien entraba en la habitación. Se instauraba entonces un tiempo muerto, algo insaciable, inalcanzable. Pero Gil había podido ver cómo era. A ella no la engañaban ni los animales, ni las revistas, ni la televisión.

Hubo un primer episodio en plena tarde, en una habitación de hotel muy luminosa, a pesar de las cortinas corridas. Daba a una calle desde la que se oían los rugidos de los camiones. El hombre se había lavado y había doblado cuidadosamente el pantalón. Gil permaneció de pie con los brazos caídos, sin saber muy bien qué hacer mientras esperaba a que él terminara. Luego, el hombre la desvistió siguiendo un orden. Meticulosamente. Oía a jabón. Le quitó la camiseta y la falda despacio. Gil se quedó en ropa interior. Nunca olvidaría la sensación de encontrarse en ropa interior en una habitación de hotel en plena tarde con un desconocido, la fuerte impresión de desnudez que la había embargado. Luego él le desabrochó el sujetador, le deslizó las bragas por las piernas y dijo:

—Ahora puedes ir a lavarte. —La miró tranquilamente mientras ella se frotaba frente al espejo del lavabo. Después le ordenó que se dejara hacer. Fue como si saliera de su cuerpo, como si lo abandonara para ceder el uso, la propiedad. No se resistió porque había aceptado venir a la habitación. No sabía cómo actuar. Nadie la había enseñado. No fingió. Él le besó suavemente los senos, el vientre, varias veces. Ella permaneció impasible. Fue cuidadoso, limpio. Ella se preguntó si siempre sería así, si querría hacerlo otra vez con ella, si ella querría hacerlo con otros, si tendría siempre esa agradable sensación de desnudez, si después se sentiría tan nueva. Había decidido despertar su cuerpo, un hombre le había revelado cómo hacerlo. Se había acercado a él lentamente y había sucedido. Una vez terminado el asunto, no se marchó enseguida. Se quedó sola, sentada en la cama, desnuda, escuchando los ruidos procedentes de la ventana, nada más que eso. Había ocurrido lo que tenía que ocurrir. No le había quedado ningún recuerdo de las manos del hombre en su cuerpo, un cuerpo que se había entregado por entero. Algo suyo le había sido arrebatado, no sabía muy bien qué, pero ahora se sentía aliviada, liberada. Había bastado ofrecerse a las manos limpias de un empleado de paso para aligerar su condición. Para encontrar la liviandad. Las manos de un hombre, su cuerpo, habían logrado ese prodigio.

—Ven. Ven aquí —le dijo Gil. No era una orden, era algo normal. Félix debía obedecer. Ella enseguida se puso a correr, yendo y viniendo de aquí para allá. Félix trotaba detrás, a pleno sol. Sobre todo, no debía perder ripio de todo lo que ella le estaba enseñando: los deslumbrantes caminos de cal, los muros bajos alrededor de los jardines, el arco del puente, el cementerio con sus cipreses, la sala de fiestas con su bandera. Por suerte, al final se detuvo frente a la reja del patio para ver cómo jugaban los niños de la escuela de verano. Agarró las barras, cruzó las piernas y se quedó allí, inmóvil. El aire caliente le caía en la nuca, en los cabellos. Observaba los movimientos y escuchaba el griterío de los niños que corrían en todas direcciones. Parecía como si ella también quisiera formar parte del grupo, estar con ellos en medio de todo ese polvo. Ser ella la que corría y se caía por el patio. Permaneció así, con la boca entreabierta, y se olvidó de Félix. Estaba atrapada. Era como si esperara que una de las animadoras fuera a ocuparse de ella, ordenándole que se pusiera en la fila y se callara. Cuando hubo sonado el timbre que ponía fin a los juegos, reinó el silencio y Gil retomó su danza. De nuevo, Félix tenía que perseguir las piernas, la falda, los zuecos. Ella corría cada vez más deprisa. Félix esperaba que aflojara un poco el paso. Ella torció bruscamente a la derecha, hacia el río, para enseñarle los rincones más frescos, los lugares de sombra. Ahí estaba el final. Regresaron a casa al paso y en silencio. Gil se cambió enseguida para volver al súper.

Con los zapatos blancos y la blusa hasta las rodillas, Gil fregaba el suelo, desembalaba las cajas, reponía los estantes. Encendía la caja registradora, limpiaba la cinta transportadora con un trapo y un spray. Cuando no tenía clientes de los que ocuparse, miraba de reojo el pantalón, el bigote, las axilas del encargado. Aquel pantalón de pinzas perfectamente marcadas, la pulsera, el rechinar de los zapatos la impresionaban. El color de sus camisas le gustaba. Las inflexiones de su voz la turbaban. Le parecía un hombre fino, brillante, inteligente. Añadía a sus palabras sutilezas y sobreentendidos, magnificaba sus delicadezas. Él mantenía limpio el súper para ella, le gustaba la limpieza, y a ella también. Todo lo que brillaba en la tienda era para ella, porque ella participaba de aquel triunfo. Le hacía bien a esa pequeña superficie. Desde el principio, le habían encantado la limpieza que exhibía, el aroma de los pasillos. El encargado, con sus sonrisas y sus amables palabras, le mostraba su aprecio. Hacía que existiera. Por eso regresaba de buena gana, sabía que él la esperaba. Los cristales, la vitrina, las luces la reconfortaban. Como el cuartito de encima de la carnicería. Y el almacén de la planta baja, con la cortina corrediza gris y las ventanas falsas, donde aterrizaban tantas cajas y mercancías. Un lugar más bien sombrío, donde siempre hacía un poco de fresco, lo cual facilitaba las cosas. En el reflejo de la vitrina contemplaba ese cuerpo de hombre, no muy alto, bien vestido. Veía la línea de crecimiento del pelo en la nuca y adivinaba que unos ojos negros, ardientes, la miraban.

Era un pueblo importante. Había casas bajas, pero también edificios de varios pisos. Una de las paredes de la casa, construida sobre una depresión, daba a la soleada carretera. Al fondo del patio, delante del granero, había crecido un árbol. En el ángulo derecho, el eje principal recordaba a una trinchera. Mucho asfalto, pero poca gente. No había nada más que sol y muros de piedra. En la carretera nacional, los coches y camiones emitían un permanente zumbido que se oía en la cocina durante todo el día, pero también de noche, en las habitaciones. A ciertas horas, las casas de la calle de los comercios, que atravesaba el pueblo hasta el puente, y luego hasta el

camping, aparecían vacías. Félix recorría esas calles, llenas de intersecciones, de arriba abajo, a grandes zancadas, pero raramente se cruzaba con nadie. La iglesia, las fachadas y nada más. Nadie en las ventanas. Todo el mundo parecía estar pasando el verano fuera. Quizá nadie había vivido nunca allí, salvo ellos. Y, además, ¿cuánto tiempo llevarían allí esos dos? ¿Qué se hacía para irrumpir en un pueblo desconocido? Tras esas murallas no había nada. Solo Gil oficiaba en el supermercado. Félix, por su parte, solo pensaba en la pala y en el sol. El señor de la colilla le hacía cavar un agujero aquí, rellenar otro allá. Una vida extraña que lo dejaba empapado, ciego, impregnado de olor a sudor y alquitrán. Cuando ya no podía más se sentaba en el suelo. A esperar.

A Félix le prestaron unas zapatillas de andar por casa. Al salir, las dejaba en la entrada. Si Gil las veía, quería decir que Félix estaba fuera, si no, es que estaba ahí, sentado en un peldaño de la escalera, estirándose los dedos hasta que crujían. Como era bajo y tenía las manos gruesas, la piel morena, el cabello castaño y el pantalón cargo negro, ofrecía el aspecto de un verdadero aprendiz. Cuando ella lo miraba, él se pasaba la mano por la mejilla o la frente sin motivo, por hacer algo. Ella tenía a menudo la impresión de que él no se movería nunca. Pero, finalmente, las obras en la carretera y la camioneta lo reclamaban. Para ella, sin la menor duda, era un chico, pero, de algún modo, también un niño. Desprendía un olor a jabón, a aceite quemado, a tierra, a ramas cortadas, mezclado con ese olor ácido del volquete lleno de trapos y bidones. A Gil le gustaba encontrárselo en su escalón haciendo el vago. Tenía un aire dulce, como un oso de peluche.

A mediodía, el camino rural que conducía a las granjas no tenía mucho tráfico. Solo algunos coches. A lo lejos se oían los grillos. El señor de la colilla movió el vehículo para poder sacar las palas, los picos y el motocultor, y luego se tendió en la cuneta, a la sombra de un árbol. La gorra le caía sobre los ojos. En esa postura iba a echar un sueño profundo. La copa de vino blanco y el sol provocaban esas cosas. El adulto era invisible. Al pasar, los coches solo veían a Félix sentado junto a la camioneta, aparcada de cualquier manera. Vigilaba al señor de la colilla y estaba atento a las herramientas. Esperaba a que todas las brumas se le disiparan, a que todo se aclarara un poco. Más o menos lo que duraba una siesta larga, muy larga. Cuando el señor de la colilla empezaba a roncar, quería decir que estaba a punto de despertarse. La vida iba retomando lentamente su curso. De pronto, Félix atisbaba a Gil. La mujer que caminaba por la carretera, con la cabeza alta y los ojos entrecerrados por el sol, era mucho mayor que él. Al peón caminero y a su aprendiz aún les quedaba un rato de trabajo hasta que empezara a caer el sol. Entonces ya no haría tanto calor, y no respirarían esos vapores de alquitrán tan fuertes. Regresarían a casa totalmente sobrios.

Como ese día su hija no venía a comer, el señor de la colilla envió a Félix a hacer la compra. Dentro del súper, los ojos azules de Gil, el cabello rubio dorado recogido en un moño, su uniforme de empleada y su seguridad hacían enrojecer a Félix. Las caderas que navegaban bajo la blusa lo desconcertaban. La autoridad que mostraba en la tienda lo dejaba sin voz. Frente al puesto de la charcutería, le costaba pronunciar:

—Dos lonchas de jamón. —La mirada penetrante de la chica le hacía olvidarse hasta de lo que aún le quedaba por comprar. Ella tenía las manos puestas en el borde del mostrador y esperaba. Era como un juego cruel. Y, sin embargo, tampoco había tanta diferencia de edad entre ellos. Ambos conservaban todavía un aire infantil, pero sus rostros eran muy distintos. Cuando se

encontraban fuera de casa, Félix se sentía incómodo y sonreía con torpeza. Al volver a la caja, Gil le devolvió el cambio rápidamente. Llegaban otros clientes y tenía que ocuparse de ellos. A Félix le gustaba mucho ese lugar, pero salía de allí con las mejillas ardiendo.

De repente, sentía unas enormes ganas de envejecer, de que llegara la mañana, el mediodía, las cinco de la tarde, cuando la luz estaba en su cénit. Nunca hasta entonces se había bañado de ese modo en sudor, todos los días, retorciéndose bajo el sol durante horas. Con la ropa pegajosa, el pelo empapado y la nuca chorreando. Lo aceptaba todo, así lo quería, en la carretera se dejaba hacer. El tiempo pasaba, los días de trabajo, los días de sol. Pensaba en el motocultor y la segadora. La vibración de aquellas máquinas le producía heridas en los dedos, le doblaba la espalda. El olor del asfalto le irritaba las fosas nasales, se le metía en la garganta. El mango de las herramientas le dejaba marcas en los dedos. Le faltaban horas de sueño y tenía agujetas. Pero se estaba robusteciendo. Cada vez le costaba menos levantar el barril del herbicida. Tenía hambre a todas horas. Sus miembros estaban cambiando, se hacían más largos, y los músculos empezaban a marcarse. Se secaba al aire abrasador como si fuera de adobe. Trabajaba con placer pese a los horarios inciertos, los imprevistos, la indecisión del señor de la colilla, que podía pasarse largos ratos inmóvil, con la mirada clavada en el alquitrán. Ahora Félix tenía un fin, una razón para todos esos ejercicios bajo el sol plomizo. De repente, sentía su cuerpo vivo, irrigado por el deseo. Nuevas pulsiones nacían entre el olor a hierba cortada.

Gil y su padre no eran del pueblo. Tenían, por un lado, una abuela española, pero habían llegado del norte. Eran el viudo y su hija. Pero como llevaban muchos años en la casa, ya no eran el viudo y su hija, sino «el caminero». Todo el mundo lo conocía por ese nombre. Hasta para Gil era «el caminero». La gente los aceptaba. Ni uno ni otro prestaban atención alguna a los chismes, rumores o cotilleos. El señor de la colilla no decía nada, solo sonreía. Gil, al parecer, iba cada día a trabajar al súper. Félix contemplaba fascinado sus desplazamientos.

En el equipaje había traído unos vaqueros, un jersey, un anorak, muda de ropa interior, unos trozos de cordel y una peonza minúscula en forma de torre Eiffel. Casi siempre se ponía la primera camiseta que encontraba y el pantalón cargo. Un atuendo muy simple. Prendas anchas y suaves en las que Félix podía moverse con comodidad. Cuando se las ponía, le procuraban la misma sensación que tiene un cachorro después de mamar. Llevaba escrito el texto que tanto le gustaba en el bolsillo trasero del pantalón. Durante las largas esperas sentado en el escalón o en el sofá del salón, seguía con la costumbre de estirarse los huesos hasta que crujían. En cambio, al regresar, después de todo el día fuera trabajando, se quedaba en calcetines y se metía temprano en su habitación. Se sentía protegido por las anchas paredes de la casa. Le gustaba aquella solidez. Empezaba a sentirse como en su propia casa. De vez en cuando, aún notaba cómo lo agarraba el vértigo, pero resistía. Cuando pasaba por delante del espejo, veía un rostro de mejillas llenas con una mata de cabello castaño claro.

Cuando ya se había lavado, vestido y desayunado, seguía al señor de la colilla. Para despejar, barrer y recoger los escombros se ponía, igual que él, unos gruesos guantes de trabajo. Siempre había sabido imitar a los adultos, hacer lo que esperaban de él. Pero nadie le había dicho nunca adónde lo conduciría todo aquello. Al menos, que él recordara. A veces se preguntaba qué mosca

les había picado a los de la escuela para enviarlo ahí. Quién se lo había metido en la cabeza a sus padres. Su madre nunca tomaba decisiones, lo único que hacía era escuchar a los profesores. Félix les seguía la corriente, siempre se la había seguido. De momento, ignoraba cuánto tiempo se quedaría. En cuanto a la hija del caminero, nadie sabía por qué había abandonado los estudios. Seguramente Gil esperaba que algo sucediera, esperaba escapar algún día. Todo era más fácil para los jóvenes que habían seguido estudiando. Se iban de vacaciones. Félix despejaba los caminos. Gil iba al súper. Ambos estaban condenados a permanecer en el pueblo, castigados. Ya quisieran ellos estar en la playa, por ejemplo, o en la montaña. Entonces por las mañanas, en la penumbra de la cocina, Félix no tendría la cabeza llena del zumbido de los camiones. Tampoco tendría el cuerpo fatigado a fuerza de layar en el cementerio o junto al monumento a los caídos. Gil no se quedaría aterida de frío en los pasillos refrigerados del supermercado. La piscina estaba lejos, no podían ir caminando. El sol que daba en las paredes blancas de las casas vacías resultaba sofocante. Félix aguardaba, veía pasar los camiones, espiaba la habitación de Gil.

Durante las horas huecas, en el almacén de mercancías, el encargado toma a Gil. Es mejor con el súper cerrado, pero entonces no tienen tiempo: él, por su mujer, y Gil, porque tiene que preparar la comida. Hay momentos en que solo algunas yayas hacen la compra. Son lentas, las yayas, y un poco sordas. Desde el fondo, tras el ruido de la puerta, se pueden oír sus cuchicheos. Luego empiezan a buscar por los pasillos en voz alta, preguntan si hay alguien. Hay tiempo hasta que se deciden y se alborotan. Nunca se impacientan. También hay momentos en que no viene nadie. Es como un lugar fantasma, con la música en los pasillos y esa sensación de frío. El encargado se ha afeitado el bigote. Le hace más joven. Ya no parece el mismo. Pero eso no cambia las cosas. Hace tiempo que vio las caderas de Gil, y empezó a tocar un poco, solo por probar. Ella no dijo nada. Se limitó a rascarse el cuello como siempre hacía, y ponerse el pelo en su sitio. Él notó que todo iba bien, que no iba a resistirse. Se extrañó de que resultara tan sencillo, aunque tampoco tenía intención de arriesgarse mucho. Nunca se había considerado un conquistador, un seductor de jovencitas. Se pasó la mano por el pelo una y otra vez. Nunca había pensado que podría seducir tan fácilmente. De todos modos, se puso un poco rojo cuando le agarró el culo. Se esperaba un desaire, un bofetón, un par de gritos, tal vez una escena para avergonzarlo públicamente en la calle principal del pueblo. Pero se dio cuenta de que podía ir avanzando poco a poco. Era un terreno propicio para la conquista. Por qué no él. Por qué no él, en su tienda tan limpiita, tan perfecta y respetable. Por qué no iba él a poder reinar en ese terreno. Lo tendría todo: la tienda y, además, otra alegría. Una posesión en la trastienda. Adueñarse de una mujer. Abrir un territorio desconocido en el almacén a una hora en que no pasaba absolutamente nada, la hora de las yayas. La fiebre siempre aparecía de golpe y se adueñaba de él. Era fácil, rápido, muy agradable. De todos modos, no podían pillarlo. Había que tener cuidado con las yayas, actuar con seriedad delante de ellas, desconfiar de las murmuraciones. Y también doblegarse ante su esposa, no existir ante su esposa, que a veces venía a la tienda para hacer la ronda. Entonces él se mostraba manso como un corderito. Hablaba con una delicadeza infinita, nueva, muy alejada del lenguaje del almacén. Siempre era muy amable después de tanta excitación. Se tranquilizaba porque ahí estaban los *stocks*, la esposa, las abuelas, el comercio. Y porque, cuando ocurría, era siempre en el mismo lugar, bien preparado. No se le fuera a ir de las manos. La puerta del almacén, una especie de lona de plástico gris, permanecía siempre bajada, entreabierta.

A veces, durante el día, Gil regresaba para refrescarse o maquillarse. Iba y venía por la

habitación en ropa interior. Olía bien. Esos días se saltaba la comida. El señor de la colilla ponía un filete en la sartén. Su hija estaba allí, lejos. Cuando volviera, ya de noche, la escalera empezaría a rechinar. Con esa ropa clara pasaba calor. Era verano. Había ido por los senderos, en pleno campo, a los graneros. ¿Quizá también a otros pueblos, a algún piso de la ciudad? Vaya usted a saber. Había seguido el curso del río, la carretera asfaltada. Como si navegara por toda la provincia, como si pudiera llegar a cualquier sitio, como si para ella no hubiera fronteras. Siempre pasando calor, esperando de pie, bajando del coche, desapareciendo junto al empleado o el endomingado de turno. Había visto toda clase de pantalones, vaqueros, ropa de trabajo. Jóvenes y no tan jóvenes, de paso. Gil era como un imán. Fácil de encontrar. Era el centro del pueblo, el centro de todo. Era agradable entrar en la tienda y encontrar algo fresco, una chica. Algo tan fácil de hacer en ese rincón del mundo donde nunca pasaba nada. Solo estaban las campanadas de la iglesia, que sonaban cuando querían, al azar. Y eso era posible en un pasillo, en cualquier pasillo. Los chicos lo notaban enseguida. Solo había que usar un poco el sentido común, esperar el momento preciso, concertar una cita. Eso ocurría en medio de ninguna parte, justamente ahí, en medio de ninguna parte, era posible. Habían encontrado a Gil, qué bien que estuviera ahí, para todos, abriendo así una brecha en el conformismo del pueblo. Hacía calor, era el divino verano. Todos quedaban muy contentos de haber pasado por allí, para hacer la compra, de camino al baile, para salvar un sábado perdido. Algunos volvían, dado el caso, antes de olvidar, antes de que una mujer, una de verdad, los pillara. Era algo ligero. La vida circulaba en libertad, llena de pasillos, estantes, frescor..., de ríos y de sol. Estaba abierta de par en par. Por allí pululaban los representantes comerciales, los chicos que se arrastraban por los bares. A algunos les habría gustado retenerla, sujetarla. Pero ella no se dejaba. A fin de cuentas, siempre regresaba a casa para vaciar los ceniceros del señor de la colilla, pasar un trapo a los muebles, quitar el polvo, colocar la loza en el armario con cuidado. En la penumbra de la cocina, lo dejaba todo en orden. Para que la mesa quedara despejada, para quitar las migas del suelo. Cuando ya estaba todo limpio, podía escaparse de nuevo.

A veces andaba por la cocina con las sandalias de tacón. La olla hervía y el vapor se pegaba a los cristales. La pared era de baldosas de cerámica marrón, y un poco más claras en el suelo. Siempre el mismo calor. Gil levantaba la cabeza y, de repente, se echaba a reír enseñando los dientes. Probaba la pasta. El señor de la colilla y Félix se sentaban a la mesa. Ella les servía en silencio. Se comían los espaguetis entre el murmullo de los cubiertos. El perro también andaba por allí y daba algún aullido de vez en cuando. Todo era perfecto. La mirada de Félix iba de los zapatos al cabello despeinado, la boca de color rojo claro y la puntita de la lengua que le asomaba de vez en cuando. Una vez acabada la comida, el señor de la colilla se levantaba, le hacía una caricia al perro y desaparecía.

De regreso a casa, Gil aún conservaba algún resto de la climatización de la tienda. A Félix, que tanto calor había pasado, le entraban ganas de abrazarla para darle un poco del suyo. Se sentía capaz de ejecutar cualquier voluntad que ella le indicara, incluso después de una de esas jornadas a pleno sol que lo dejaban exhausto. Aceptaría de buen grado ponerse a cocinar, hacer las tareas de la casa en su lugar. Temía que se le deslizara entre los dedos. Desde el momento en que salía de la tienda, recobraba la influencia que ejercía sobre él. El morenito que olía a alquitrán. Después de pasar frío en el súper, apreciaba el olor de fuera, el calor que él traía. Lo aceptaba

como algo dulce, agradable. Le gustaba ocuparse de él. Ponía a lavar sus zapatillas deportivas, y cuando se las devolvía, estaban limpias y secas. Cada vez que dejaba ropa sobre la silla de su habitación, se la encontraba doblada en un extremo de la cama. A ella le gustaba verlo comer con apetito, ver todo lo que era capaz de tragar, con hambre alegre y voraz, difícil de satisfacer. Quería que cogiera fuerzas. Ahora formaba parte de la casa. El chico tenía que crecer, sentirse a gusto. Sentía curiosidad por saber qué le gustaba. Era agradable ocuparse de Félix, con su pantalón negro y esa camiseta verde a rayas que le dejaba los brazos desnudos. Lanzaba preguntas sobre el trabajo al señor de la colilla, cómo les iba, qué hacían, a qué se parecía. A su vuelta, los miraba y preguntaba de dónde venían, qué habían hecho. Se alegraba de que hubieran regresado. Había bastado con añadir una silla, dejar un hueco en el sofá, abrir una habitación, lavar las zapatillas, cocinar, para que la casa descubriera otra vida.

La llamaban Gil por Gilberte. Félix había visto su carné de identidad rodando por el aparador de la cocina. Tenía un par de años más que él. Gilberte Anastase Luce. Qué nombres tan antiguos. Le había desconcertado lo de Gilberte, no se lo esperaba. Al oír un crujido lejano, temió que lo vieran, que lo pillaran fisgando en el carné. Pero no volvió a oír nada más. En la foto, con el cabello aún más claro, el flequillo y los pendientes de plástico azul cielo, Gil parecía casi una niña. A Félix le habría gustado quedarse con aquella foto de carné, porque él tenía una suya del mismo estilo. Habrían quedado muy bien los dos juntos. Podría haberlas puesto junto a ese texto que tanto le gustaba. Y quizá habría sido como si se hubieran hecho una foto juntos, el mismo día. A Gil se le veían los pasadores de niña, el cabello dorado, los pendientes de plástico, la mirada azul noche con la cortina naranja detrás. Por supuesto, ignoraba cuándo se había hecho ella esa foto. No sabía qué hacía ahí ese carné. Si Gil iba a marcharse. Irse de viaje. Partir en un autocar hacia el extranjero. Félix no sabía. Gilberte Anastase Luce. Esos nombres no significaban nada. Félix se preguntaba de dónde los habrían sacado sus padres; sin duda, del calendario. Ella era Gil. Había mandado a las abuelas a paseo con su diminutivo, sus camisas amarillo limón o verdes, sus faldas cortas. Gil de Gilberte. El flequillo recto descubría a Félix un nuevo mundo. Gilberte Anastase Luce. Distinta de esa Gil de dieciséis años con la que vivía ahora, y a la que no se atrevía a mirar a los ojos. Félix creía saberlo todo sobre ella porque había visto su carné de identidad. Tenía un nombre estupendo. Lo pronunciaba en voz baja. Todo en ella lo impresionaba. Pero, en el fondo, ¿qué conocía de aquella chica misteriosa, con una doble vida, la escuela y los autobuses escolares, pero también los senderos, los taludes, las habitaciones de hotel? Aquellos nombres sumían a Félix en el pasado, en un abismo. La casa antes de él y todo lo demás le dolían. Era aquella que él no conocía, a la que no podía acercarse, la que no le pertenecía. Era un mundo perdido para él que lo partía en dos. Esa Gil de ahí no era sino Gilberte, un universo secreto, irreal. Nombres de los que Félix no formaba parte. Era para morir de tristeza. Y, sin embargo, él tomaba toda entera a aquella chica doble, la alegre Gil y la desconocida Gilberte. Aceptaba que se adueñara de él y que lo dejara en carne viva. No podía resistirse. Quería amar aquellos nombres tan anticuados y todo lo que conllevaban. Esa Gilberte lo turbaba. Se le escapaba. La quería siempre, en todas partes. Que estuviera ahí cerca. Pero Félix no podía evitar pensar en la que ya nunca se nombraba. Entonces aparecía la niña pequeña, venida de muy lejos, que se escondía en el patio de la escuela y miraba por las ventanas de las habitaciones de hotel.

Sentada en medio de la cocina, Gil hacía tostadas con pan de pueblo, mantequilla y

mermelada.

—Me muero de hambre —decía mientras masticaba. Se había puesto una pizca de sombra azul en los párpados y colorete en las mejillas. Con la mermelada, le brillaban los labios. Era insólito verla comer con tanto apetito. Tal vez quería crecer un poco más. Cuánto le habría gustado a Félix ser más alto que ella. Con el pan y el tarro de la mermelada delante, parecía una niña. Félix había visto rodando por ahí unas gafas que se ponía cuando iba a la escuela. Gafas redondas de plástico rosa. Enseguida imaginó a la niña que las había llevado. En ese momento le entraron ganas de averiguar a qué sabían esas tostadas, ahí, en plena tarde. Ella le dio un trozo de la suya. La mantequilla, mezclada con la mermelada, tenía un sabor vagamente empalagoso. Tenía realmente «un hambre de mil demonios». Se sentía turbado ante su cabello suelto, la manera de descalzarse bajo la mesa y frotarse los pies desnudos. El señor de la colilla se había marchado en la camioneta. Félix dijo que sí a otra tostada y un tazón de té. No podía evitar ese sí, no podía dejar de fantasear con los asuntos de Gil, su bolso, sus vestidos, su ropa interior, mientras ella disfrutaba de aquellas tostadas crujientes. Empezó a pensar en los objetos que siempre tocaba cuando ponía la mesa, cuando la quitaba. Gil, por su parte, se mostraba feliz con la presencia del chico, las tostadas untadas, el zumbido de los camiones, la merienda a media tarde.

Por la mañana, alguien aparecía en el zaguán y gritaba:

—¡Félix! —El chico necesitaba algo de tiempo para reconocer al señor de la colilla y comprender los fragmentos de frases que su figura pronunciaba. Se trataba, probablemente, de una serie de instrucciones en perfecta confusión. Una vez que el señor de la colilla ya se había marchado, Félix se levantaba. Pero qué eran esas exigencias a la hora de despertarse. Esa brutalidad. No albergaba defensa alguna contra esa voz que lo arrancaba del sueño, que seguía a rajatabla el ritual matutino. Intentaba, pese a todo, recuperar su cuerpo, reanudar el día y despertarse, pero la noche aún seguía ahí, con sus encantamientos. Félix reunía fuerzas y se ponía en pie. Después del calor y la suavidad de la cama, las baldosas heladas le daban escalofríos. Se embutía sin pensar el pantalón, que descansaba sobre la silla, y la misma camiseta azul de la víspera. Se entretenía un momento en el váter y se frotaba los ojos para ver mejor y apuntar recto hacia abajo. Cuando se sentaba a la mesa del desayuno, se encontraba un gran tazón de café con leche humeante. La voz que había venido a buscarlo retomaba el discurso. Una voz enmarañada como las zanjas de las cunetas. Una voz que ya empezaba a recorrer las carreteras a pleno sol. La ilusión llegaba a su fin. Félix se rendía. Aceptaba las zanjas, los setos, los cercos, incluso las hierbas llenas de pinchos que iba a acariciar a lo largo de la jornada. Solo tenía que seguir esa voz, dejarse conducir fuera de la casa llevando consigo un poco de su frescor y otro poco del cuerpo de Gil.

Aunque se había levantado antes que ellos, Gil, aún en camión, muy corto y escotado, bostezaba. El señor de la colilla y Félix bebían café con los codos apoyados sobre la mesa de madera. Delante de ellos, Gil tendía la colada en el tendedero. Metía la mano en el cesto, desplegaba una prenda y la ponía a secar. Había sujetadores, braguitas, un paño, un par de calcetines. La ropa extendida en las barras lucía limpia, brillante, imaculada. Oía bien. Gil acabó rápido. El señor de la colilla se mecía en la silla, se pasaba la mano por la boca. Gil dio la vuelta al tendedero y lo plantó en medio de la cocina antes de subir a su habitación. En esa mañana que aún no había acabado de clarear, el señor de la colilla y Félix se encontraron frente a

un montón de braguitas de todos los colores.

A ninguno de los dos le gustaban demasiado las clases, pero, aun así, ambos habían conservado ciertas costumbres de la época. Siempre estaban al acecho de los enunciados que emitían aquellos adultos que, antaño, solían regir sus vidas. Félix esperaba que le dijeran a qué hora debía levantarse, cómo cortar y recoger las ramas, reunir las y cargarlas en la camioneta. Y nada más contratarla en el súper, el encargado explicó a Gil cómo devolver el cambio, sonreír, dar las gracias. Así que, aunque era verano, ninguno estaba de vacaciones. Más bien se habían quedado abandonados en una roca, como un par de naufragos. Pero el sol, a fin de cuentas, era muy agradable, lo mismo que pasar calor, sudar, lavarse con agua clara para quitarse la mugre y el polvo. Poco importaban los madrugones, las comidas a dos carrillos. Félix respiraba al sol hasta la saciedad. No había más jóvenes, ni más gente. Gil y él tenían la impresión de que en aquel pueblo no había nadie. Solo camiones en fila india.

Qué pensará Gil cuando mira a Félix sin decir palabra. Quién es ese chico. Qué hace en esta casa. En qué piensa cuando está en las zanjas o en su habitación. Qué hacía antes de venir aquí. Duerme o qué. Parece que le gusta. En todo caso, se lleva bien con el señor de la colilla. Le arregla a Félix el cuello de la camiseta como si tuviera una mosca posada justo ahí. Félix, petrificado, imagina que ella está a punto de dirigirse a la ribera, a encontrarse con alguien, a dejar que se le acerquen los adolescentes, los hombres maduros. Personalidades importantes del lugar revoloteando a su alrededor. Y seguro que habrá gestos furtivos, faldas levantadas.

Era una especie de sueño, no parecía en modo alguno real. Por el momento, Gil se le escapaba, no veía la forma de apresarla. Lo único que podía hacer era mirarla y respirar su olor, imaginarla, sentir ganas de atraparla y seguir su estela. Le gustaba que nunca le hiciera preguntas, poder ir tras ella o esperarla en un banco a la orilla de la carretera. Sin ella, sin la falda, las piernas, los ojos, qué aburrimiento era aquel pueblo. Gil se deslizaba en su interior, en sus sueños. Y al verse en aquel terreno desconocido, experimentaba una especie de angustia. Todo era borroso, confuso. Los ruidos le llegaban ensordecidos. No conocía nada de aquellos comercios ni de aquellas gentes. Parecía estar inmerso en una vida paralela, en lugares extraños. Las paradas en el café donde todo el mundo hablaba tan rápido en medio de aquel barullo lo desconcertaban. No acababa de comprender las conversaciones, las risas. Los vasos de vino blanco que se posaban en el mostrador resonaban de un modo curioso. Todo era muy raro, en realidad: la escalera de madera que rechinaba, las ampollas del alquitrán, la camioneta, el señor de la colilla, Gil. Debido a su trabajo en los setos y las zanjas, su cuerpo de adolescente iba cambiando en contacto con el aire libre. Se le ensanchaba el pecho, se le musculaban los brazos. Se sentía más ágil. Por desgracia, no era tan alto como hubiera querido. Ya nadie le gastaba bromas por el modo en que se movía, lento y flexible, o en que se deslizaba por el sofá frente a la tele, como un gato.

A mediodía, Gil llegaba corriendo de la tienda, ponía una cazuela al fuego y les pedía que se quitaran los zapatos. Le gustaba preparar la comida, saberse contemplada mientras pelaba y lavaba las verduras. En mitad de la jornada, el tiempo era muy justo. De repente, un semirremolque cargado de grava que se había parado en el semáforo inundaba de penumbra la cocina. Félix y el señor de la colilla habían estado retirando hierbas de las cunetas y aún las tenían pegadas a los pantalones, los calcetines, las camisetas. Estaban un poco sucios y tenían

hambre. Gil preparaba la comida junto al fregadero y la cocina, y daba la impresión de hacer malabares con la marmita y los platos calientes. Se retiraba el pelo del rostro con el revés de la mano, se rascaba la nuca. Qué bien que Félix estuviera ahí, detrás de ella. Por las mañanas se escondía. A mediodía, después del trabajo y el esfuerzo, se lo veía más audaz. Ella se complacía en servirle. Se regocijaba en consumir ese ritual cotidiano. También descubría el olor de la hierba mezclada con el sudor en la piel del chico. Quizá es que tenía ganas de que Félix pasara allí todo el verano.

Al principio, Félix era torpe, como siempre a esa edad, pero tenía también un cierto encanto, con los hombros erguidos y la cabeza inclinada. Danzaba complacido con un pie encima del otro. Aunque su cuerpo ya le obedecía mejor, Gil siempre lo confundía. Una atracción parecida a la fuerza centrífuga se había adueñado de él. Algo muy sutil lo había atrapado: las vibraciones de la ventana, el árbol del patio, los crujidos de la escalera. En realidad, se trataba de un acuerdo misterioso entre una chica y un lugar.

La mañana amanecía fresca con un punto ácido. El nuevo día, apresado tan temprano, casi llegaba a doler. Luego el sol llegó a lo alto. A medida que cortaba los setos, Félix iba entrando en calor. Ahora incluso sudaba bajo la camiseta y el pantalón. Tenía la nuca empapada y le hervía la cabeza. Se agachaba, se enderezaba, iba hasta la camioneta, tomaba una pala y volvía a empezar bajo un sol que no cesaba de trepar. La luz blanca resultaba agotadora. Estaba a punto de asfixiarse. Por suerte, al regresar, la casa estaba fresca. Aún no había llegado nadie. Tenía tiempo de ducharse antes de la comida. Se desvistió y puso la ropa en el bidé. Estaba cubierto de tierra y polvo. La piel se le pegaba a los dedos. Se sentía abatido, atontado por el cansancio. El agua le corría fresca y suave por el cuerpo. Al salir de la bañera, la puerta se abrió bruscamente. Solo era una corriente de aire.

Al caer la noche, hubo un cierto respiro. El fresco, el murmullo del río a lo lejos, la luna blanca y su halo, la ventana abierta brindaban momentos de calma. Pero Félix siempre esperaba que algo se moviera al otro lado del pasillo, en la habitación de Gil. Que adviniera una señal, algo que lo animara. Pero nada. En esos momentos le entraban ganas de fundirse con el empapelado, esconderse en la nevera. Al cabo de un momento, en la oscuridad, el miedo empezaba a desdibujarse. Aunque ocupara poco espacio, no podía desaparecer por completo. Siempre acababa durmiéndose con algo de esperanza depositada en la conquista.

Gil siempre tenía hambre, por la mañana, a mediodía, por la noche. Tragaba a toda prisa porque tenía que marcharse de nuevo. Félix se preguntaba si volvería al súper a obedecer al encargado, a poner los productos en los estantes, a abrir las cajas. A menos que se detuviera un momento en la terraza del bar antes de montarse en un cuatro por cuatro y encontrarse en una habitación, una granja o contra una pared. Por supuesto, evitaría cruzarse con el señor de la colilla. No faltaban lugares secretos. Los había en las cunetas, en los cerros que rodeaban el pueblo. Félix los conocía y sabía que, por las mañanas, Gil guardaba entre las piernas una pasión veraniega, una fiebre que se adueñaba de ella.

Tras recibir su primer cheque, había abierto una cuenta en el banco, que tenía aire acondicionado. La oficina estaba muy cerca, solo había que caminar un poco por la acera de

asfalto reblandecido, casi blanco de polvo. Apenas había gente, solo dos cajeros detrás de las ventanillas. Olía a moqueta y aire acondicionado. El empleado que la había atendido era muy amable, fresco como una lechuga. Le hizo un gesto con la mano y ella se acercó. Se sentaron ante una mesa de la oficina. Él le explicó un montón de cosas confusas. Gil firmó. Firmó dócilmente. Aquel hombre joven, seguro de sí mismo, plantado en su silla con ruedas, no le quitaba los ojos de encima. De aquellos sobres de colores no paraban de salir folios: folletos para abrir cuentas, para pedir préstamos, para contratar seguros. Gil solo quería una tarjeta de crédito. Algo que pudiera meter en esas máquinas que dan dinero. Entonces podría levantar la cabeza como una señora, frente al cajero, para insertar su número secreto. No quería chequera, la tarjeta era más fácil; se mete en todas partes, incluso en el bolsillo. El empleado fue muy agradable. Cuando ya se despedían, la miró de forma aún más insistente.

—La he visto muchas veces por esta calle. Pasa a menudo por aquí. —La examinaba, la escrutaba. No era habitual que una chica tan joven entrara sola en su oficina. Se notaba que quería retenerla un poco más. Buscaba una artimaña. Después de pedirle que esperara un momento, fue a buscar unos papeles a otra mesa. Gil se quedó mirando las floreadas reproducciones que colgaban de las paredes enmoquetadas. El banco se parecía a la sala de espera de un consultorio médico. El joven empleado, que llevaba una camisa rosa de manga corta, una corbata azul cielo, zapatillas deportivas y un pendiente de aro en la oreja izquierda, regresó tamborileando los dedos sobre la tapa de un expediente. Entonces le tendió una pila de folletos llenos de imágenes.

—Bueno, ahora ya está todo. Espere, he olvidado algo. —Los hojeaba, volvía a leerlos como si fueran importantes—. Está bien. Espere, la acompaño.

Ella tomó los documentos y se los apretó contra el pecho mientras abría la puerta.

—La tarjeta nos llegará en una semana, solo tiene que venir a buscarla. Será un placer entregársela personalmente. Pregunte por Julien Sorel.

Él se pasaba la mano por el cabello, repetía las instrucciones, confirmaba los plazos, precisaba el funcionamiento.

—Es muy fácil, ya lo verá.

No se atrevía a concertar una cita, solo decía:

—Quedamos en que vendrá la semana que viene, estaré esperándola.

Apenas le sacaba unos años. Ella miró al suelo, tragó saliva y enrojeció ligeramente.

El señor de la colilla se había esfumado. No estaba en el bar. La camioneta seguía aparcada, abandonada en el patio, con las ventanillas bajadas. El calor sofocante se había colado en su interior. Ya no olía a alquitrán, sino a heno cortado. Todo estaba quieto. Félix respiraba el aroma del verano. Cuando tenía calor, la ropa le olía a sudor y a hierba seca, era como su segunda piel. Le encantaba sentarse a pleno sol contra la fachada de la casa, junto a la puerta de entrada. Entonces, su cuerpo denso y compacto de adolescente torpe empezaba a existir en relación con el de Gil. La chica era muy distinta. Ligera, ágil. No se movía de la misma forma, no tenía el mismo peso. La enorme masa de cabello ondulado que le caía sobre los hombros, las piernas finas daban la impresión de que no pesaba nada. En el súper, desaparecía entre los pasillos refrigerados. Solo se le veía la cabeza rubia. Félix pensaba en el aire helado de la tienda en contacto con la piel desnuda de sus muslos. Gil no era más que movimiento, balanceo, remolino. Félix no era tan alto como ella, pero sí más recio. En las cunetas, dentro de la camioneta, al sol, con la frente sudorosa, la camiseta empapada y el pantalón lleno de polvo, se sentía un hombre. Pero le gustaba fantasear

con la liviandad de Gil, con su manera de recorrer la casa, con su ropa que olía a humedad y frescor.

—Es que no sé ni dónde las he metido, las he perdido, no sé dónde están —decía. Se levantaba la camiseta, palpaba el trasero de la falda—. Nada. Qué raro... —Buscaba dentro de los zapatos, debajo de la cama, en el bolso, otra vez en la camiseta, por las axilas—. No es posible. —Ni rastro. Los ojos le brillaban, redondos. Se reía. Parecía vagamente inquieta—. Da lo mismo. —Y se ponía a hacer inventario de sus bragas. Las sacaba una a una del cajón, las tomaba entre las manos, las estiraba en la cama, las devolvía a su sitio. Las había de todas las formas posibles, con innumerables estampados y diferentes texturas. La de encaje gris, la negra a rayas, la violeta. Algunas estaban un poco descoloridas de tantos lavados, y las gomas se habían dado de sí por el uso, los colores se veían deslucidos. Decididamente, faltaban unas. Faltaban las que había llevado esa tarde. ¿Cuándo se le podían haber caído las malditas bragas, y dónde? Podía ir a buscar al campo de fútbol, quizá allí las encontraría. Seguro que las había dejado en una piedra, en un arbusto, por el suelo. Pero a esas horas ya las habrían pisado y debían de estar cubiertas de polvo.

—Seguro que están allí. —Así que Gil había vuelto así, sin nada debajo, y ni siquiera lo había notado. Había caminado así en la calurosa tarde de verano, había hablado con la gente sin darse cuenta. ¿También de día le sucedía que se olvidaba de lo que llevaba bajo la falda? Félix tenía que participar, ayudarla a atrapar el objeto desaparecido. Una especie de búsqueda del tesoro, de juego de pistas, iba a empezar. Él aceptó de buen grado. Miraron por el suelo desde la puerta de entrada hasta la habitación y no encontraron nada. No era muy importante, en vista de todas las que tenía. Con las piernas cruzadas, aún se reía por el despiste de ahí abajo. Estuvo buscando un buen rato y luego se cansó. De repente, le entró sueño. Echó a Félix de la habitación con presteza, lo que quería ahora era dormir. Tenía que acostarse. De vuelta a su habitación, Félix experimentó una curiosa sensación de vacío.

Al principio de todo, había tenido sus dudas. El jefe y el empleado de correos habían destapado algo. Entre esas manos de hombre, su cuerpo había cambiado. El cabello había adquirido más volumen, se sentía más alta, con la tez más clara. Por fin empezaba a morder la vida. Comía con un hambre feroz. Ya no se sentía tan cansada como antes. Las jornadas tras la caja registradora pasaban más rápido. Ordenar, frotar los cristales, vagar por los pasillos... Todo se le hacía más corto. Su mente estaba en otro sitio. El encargado de la tienda la empujaba hacia el almacén cada vez que lo necesitaba. Aquello no tenía fin, su cuerpo la reclamaba. El gordo empleado de correos la había aplastado con todo su peso, y su jefe había estado con ella un par de veces. Ella se embriagaba con todo lo que podía. Eso atraía a los hombres. No sentía vergüenza alguna. Ellos, a fin de cuentas, llegaban fácilmente. Estaban allí para tomarla. Por la mañana se levantaba como nueva, únicamente por la noche los ojos se le rodeaban de sombras. Ahora era ella la falda levantada por el viento.

El año anterior, Gil había dejado de ir a la escuela sin tener ningún proyecto a la vista. En realidad, casi nadie había mostrado gran interés por el asunto. Su padre necesitaba a alguien en la casa que se ocupara de hacer la comida, a mediodía y por la noche, así que era mucho mejor que ella estuviera allí. Había recogido sus cosas de la escuela, que eran más bien bagatelas propias de

niñas pequeñas: los bolis Bic, los cuadernos, el diccionario, un montón de trastos. Los había metido en la cartera junto con los estuches y los libros de clase. Se había olvidado para siempre de las aulas de estudio, del embriagante olor con que estas la recibían, de las ventanas que daban al patio, incluso de los ruidos procedentes del exterior. Se dijo que todo aquello había terminado. Sabía que nunca más volvería a montarse en el autobús escolar. Y, sin embargo, sentía una especie de nostalgia de la escuela, como un deseo de regresar pese a saber que nunca volvería. Todo eso estaba ya perdido para siempre. Por más que hubiera guardado sus cosas en el escritorio, las clases no estaban hechas para ella. En la época en que las frecuentaba, siempre escogía la última fila, dispuesta a salir para prestar el más mínimo servicio que surgiera. Quedarse allí aburrída, no. Se veía a sí misma con un vestido corto y sandalias veraniegas, rodeada de compañeros. Ahora las chicas se marchaban cada mañana sin ella y apenas reparaban en su ausencia. En realidad, cada vez le entristecía menos ver a las antiguas compañeras subir y bajar del autobús. La imagen se iba haciendo más y más pequeña, más y más lejana. La habitación aún conservaba el olor de los cuadernos, los libros, la tinta, pero todo eso ya solo le recordaba vagamente los viajes matutinos. Ahora era posible olvidarse de todo aquello. Porque había dejado la escuela. En su momento, su padre no pensó en ninguna alternativa. ¿Había que volver a inscribirla en algún otro sitio? De común acuerdo, habían dicho que no. Después de haber consultado con su gorra, el señor de la colilla le había dicho:

—Haz lo que quieras.

—Así estoy bien —había respondido ella. Se acabaron las mejillas rosadas, las blusas rosas de la clase. Ese día, había bajado la escalera muy nerviosa y había cerrado dando un portazo. Luego vinieron los hombres, a montones. Nada exacto ni definido. Solo el montón, la masa divina. Simplemente, el mayor número posible. Quería que aquello le marcara el cuerpo de algún modo. Que se convirtiera en una señal de transición. Que se mantuviera vivo bajo la falda, bajo las blusas claras. No había nada que ella pudiera hacer. No ofrecía resistencia alguna, se perdía en medio de todo aquello. En el pueblo hacía calor, el sol era sofocante, el alquitrán reverberaba la luz, el mediodía era tórrido en pleno verano. Una maravilla se había instalado en ese tiempo y Gil se había sumergido en ella con fruición. Era como si hubiera mudado de piel. Quería traspasar una frontera; tanto mejor si las chicas ya no querían esperarla en la parada del autobús. Qué gran placer haberse largado de ahí para poder seguir su propio declive en aquel pueblo árido, en aquella tierra quemada. Tendida en la cama, notaba cómo el aire fresco de la mañana le acariciaba las mejillas. En ese momento, se sintió repentinamente orgullosa de sus senos firmes, de sus largas piernas.

Después de quedar deslumbrados ante la dorada cabellera suelta, llega la mata roja. Los que la ven por primera vez se quedan impresionados. Todos los hombres querrían encontrar el secreto de esa misteriosa emboscada antes de empotrar, antes de poseer. La blancura de la piel, la tensión en el hueco de las costillas, los pezones rosados, el diminuto ombligo los desconciertan. Un cuerpo que forzosamente sorprende cada vez que se muestra. Su juventud y su fragilidad resultan perturbadoras. Pero lo que ellos quieren es poseer. En realidad, no toman nada. De regreso a casa, se acordarán de las bragas de encaje que se deslizaron por las finas piernas, de los senos altos y la piel blanca. Y ya está. Lo que esconde la mata roja les será para siempre desconocido. Gil, con o sin ropa, es siempre Gil. La piel, la mata roja, las bragas de encaje, la minifalda, el jersey rojo... Ella es todo eso. Si está hecha para desvestirse, acostarse, abrir las piernas y quedarse al

desnudo, es asunto suyo. Qué más da que la mata les impresione.

Luego vuelven a vestirse, se toman su tiempo para lavarse minuciosamente, secarse, admirarse, exhibir su cosa tan bonita, su cuerpo. Están orgullosos de su hazaña, del empotramiento. Se sienten viriles, bien hechos, más reales. Se quedan un rato contemplándose en el espejo, viéndose. Se ponen la ropa con sumo cuidado. Se olvidan de Gil. De ella esperan que esté dormida. Que no haga ruido. Que se vista sola sin que tengan que intervenir. Se dedican toda su atención a ellos mismos. Como gatos cumpliendo su sabio ritual de aseo. Satisfechos y perezosos. Gil ya no existe. Está debajo de la sábana, o por ahí, qué importa. Ese cuerpo masculino, en el fondo frágil, acaba de demostrar que no lo es. Ha encontrado su densidad. El hombre se contempla satisfecho los muslos, el vientre, el torso, el sexo. De nuevo se alza en individuo completo, sólido. Le gustaría echar un último vistazo a esa mata que, como por encanto, da a su cuerpo un mayor peso. Pero Gil ya se ha vestido. Ha salido de la cama y ha encontrado su ropa. Se miran. Quién saldrá primero.

Félix no sabía lo que pasaba. Nunca hallaba ningún rastro. Pero se lo imaginaba. No veía nada y no podía saber nada. Solo algún objeto olvidado o perdido de vez en cuando le daba una pista. Ignoraba dónde ocurría. Gil nunca hablaba de ello. No tenía palabras ni expresión para esas cosas. Era algo informulable. Félix se aferraba a una ramita en los cabellos, un rasguño en la rodilla, para dar consistencia a sus fantasías. Ocurría continuamente, era imposible seguir la pista. Gil no tenía miedo. No tenía miedo de nada, era una aventura. Era ligera, silenciosa, imposible de sujetar. Iba allí donde la deseaban. Solo devolvía a su lecho una silueta ingravida. Cómo hacía para acoger todo aquello en el cuerpo frágil y delicado que tenía. No temía ni las represalias, ni los celos, ni los ajustes de cuentas de las mujeres engañadas. Se daba en libertad, se paseaba en libertad. Era su forma de afrontar la vida, de recorrerla con los ojos cerrados.

Su habitación estaba en orden y tenía pocos muebles. De las ventanas colgaban unas cortinas amarillas, un poco gruesas. Una tela con cenefas cubría el pequeño escritorio. El suelo no parecía muy firme. Cuando se movía desde la cama hasta la ventana, Gil hacía tintinear la taza llena de lápices. Era como si el suelo respirara, tomara aliento. También crujía. Félix podía oírla mientras caminaba, imaginar sus pasos alrededor de la cama. La mesa de trabajo seguía en su lugar, pero ella ya nunca se sentaba allí. Gil olía bien. Olía a transpiración. Olía fuerte. Félix respiraba el olor de su piel, de su ropa. Le gustaba. Se le desprendía de los brazos cuando se movía, porque tenía calor o estaba a punto de irse. Porque ya lo había hecho o porque tenía una cita. Le veía las piernas, los brazos, todo muy ligero. Ahora ya tenía derecho a ir a su habitación, sentarse en su cama y hablar con ella, pero la mayor parte del tiempo permanecía en silencio. Le gustaba simplemente estar allí, ver ese cuerpo que no entendía. No sabía qué llevaba debajo. En todo caso, algo tenía que pasar para que le preocupara tanto. Pensaba incesantemente en lo que no llegaba a ver. Un vestido estampado escondía el pecho de Gil. Le habría gustado deslizarse por ahí debajo, tenderse en la cama. Esperaba el momento en que lo vestiría como vestía ella. Entonces tendría su olor, su sudor fino. Le gustaría dormir con ella, podría quedarse largo tiempo durmiendo a su lado. No sabía si tenía los senos grandes o pequeños, nunca alcanzaba a fijar la vista en ellos. Ignoraba cuánto tiempo podía permanecer en la habitación, pero ya se había ganado el derecho de estar ahí. Hacía el menor ruido posible, el menor movimiento, para prolongar el

instante. Quería seguir a su lado. Se sentía feliz de poder vivir en aquella casa. Ciertamente, en el trabajo, si es que podía llamarse así, no aprendía gran cosa, pero se iba escurriendo hacia ella. Gil no se le iba de la cabeza. Hacía unos ruiditos con la garganta, como una música procedente del final de su cuerpo. Olía bien. Desaparecía.

Le gustaba esa chica. O quizá era algo más. Estaba unida al pueblo, al río, a las carreteras de alquitrán. Muchas veces, cuando barría los aparcamientos o limpiaba las zanjas, Félix la veía caminar por la carretera y se preguntaba adónde iría. En casa, la observaba mientras se ponía el uniforme del supermercado o hacía la colada para el señor de la colilla. En el cuarto de baño se lavaba, envuelta en aromas perfumados, pero él no podía verla. Recorría la casa en todas direcciones. Le daba vida. Era una chica con falda corta que enseñaba las piernas, a veces se ponía tacones y a veces zuecos. Se hundía en su oficio de dependienta, se fundía en el atuendo y el decorado. Y, sin embargo, era imposible no reparar en ella cuando atravesaba el pueblo. Su figura atraía todas las miradas. Resplandecía, a veces relumbraba, al fregar los platos o cocinar. Todo eso era ella para Félix. Todo eso pensaba él cuando la miraba sentado en el taburete de la cocina.

Félix le preguntó cómo era. Gil sacó las revistas de debajo de la cama.

—Es así —respondió. Había como una decena de revistas con fotos en color en el interior y la portada, fotos muy fuertes. Hombres y chicas irrumpían en la escena. Gil pasaba las páginas despacio, asegurándose de que Félix no se perdía nada. Señalaba una foto con el dedo índice para que él no la olvidara, para que aprendiera.

—Mira aquí y aquí. Tengo más guardadas, pero con estas ya es suficiente. Aquí lo tienes todo. En las otras, las chicas no están vestidas así, pero, en realidad, es muy parecido —decía. Le mostraba aquellas fotos con una especie de pasión, sin decir palabra. Las imágenes hablaban por sí solas. Con los ojos y el dedo, guiaba a Félix. Era como un álbum infantil. En todo caso, ella lo usaba de la misma forma, disfrutaba compartiéndolo con él, como un tesoro escondido. Estaban sentados en la cama, sobre la colcha amarilla. Félix sentía a su lado el cuerpo suave y firme de Gil. Ella tenía los brazos desnudos, y con la mano iba pasando las páginas. Le habría gustado apoyar la cabeza en su hombro, tocarla. Pero el papel que le había sido asignado consistía en sostener la revista y mirarla con la mayor atención. Al principio estaba incómodo: los colores de la carne, aquel rojo tan vivo, lo invadían todo, le revolvían las tripas. Para calmarse y darse un respiro, se concentró en el látex negro con el que iban vestidas las chicas, en los objetos que las rodeaban. Eran decenas de páginas llenas de acrobacias, con miradas provocadoras dirigidas al objetivo. Páginas y páginas de agresiones que daban miedo. Pero Gil no parecía impresionada. Después de la tercera revista, Félix empezó a sentirse mejor. Se pusieron a hacer comparaciones. Félix nunca había estado tan cerca de ella. Se sentía turbado y feliz por todo aquello que sucedía ante sus ojos. Nunca había visto las cosas que sacudían esa tarde de verano, y menos al lado de una chica. De pronto, algo se le desató en el estómago. Una foto de más, una mirada extática, y Félix, con los brazos doblegados sobre el vientre y el pecho partido en dos, se retorció de la risa. Gil lo miraba muy extrañada. Le gustaba que se riera. La diversión los devolvía a la realidad. Al final, los dos tenían ganas de recoger las revistas y olvidarlas.

La boca entreabierta de Gil emitía un ruidito con la lengua, una especie de chapoteo que se encallaba en el borde de los dientes. En la habitación reinaba el silencio. El perro se revolvió

despacio en su capazo. Medio tendida, Gil miraba fijamente la pared estriada por las luces anaranjadas que iban perfilando el crepúsculo. No hacía mucho calor. Félix la miraba fijamente, subyugado por el ruidito que le salía de la boca, por el ligero chapoteo de la lengua. Ella se levantó a buscar un cuaderno. Félix se mecía en su silla. Sobre el escritorio se amontonaban diarios íntimos cerrados con candado y cuentas del súper. Gil le habría enseñado orgullosa esas páginas llenas de cifras en las que también había apuntado su salario. Pero, aprovechando un silencio, Félix sacó un trozo de papel del bolsillo. Era un texto copiado, no ocupaba más de un par de párrafos. Ya no recordaba si algún profesor lo había repartido o él mismo lo había encontrado en un libro de la biblioteca. Enseguida se había fijado en aquel texto. Quería compartirlo con Gil. Empezó a leer. Hablaba de una chica y de una habitación desde donde se veía el mar. De algún modo, conseguía borrar aquellas revistas que Gil acababa de enseñarle. La ventana estaba abierta, no pasaban muchos camiones y, desde el asfalto, ascendía un olor dulce a fin de jornada. Y de repente, los dos se marchaban en busca del mar.

—Dónde está el mar. Dónde está esa chica.

Seguro que era guapa y olía bien. La habrían seguido en plena calle, la habrían llevado a la ribera. Aprovechaban los últimos rayos de sol, los murmullos que imaginaban procedentes del océano. Era como si la chica fuera a aparecer.

A Gil le gustó que Félix hubiera sacado el texto para leerlo. Esas palabras se habían deslizado entre los dos. Ese par de párrafos hablaban del horror de las desapariciones. Leerlo les hacía bien al tiempo que les hacía daño. Gil se imaginaba hundiéndose en las aguas del río. Cerraba los ojos y veía a alguien en la orilla que la veía morir, inmóvil. Se ahogaba con ropa, sin ropa, se abandonaba mientras se hundía. Quería descender para encontrar algo allí abajo, ver hasta dónde podía llegar. Volvía a tomar aire en la superficie. Un pájaro trinaba a lo lejos. Subía otra vez con el cuerpo y los ojos ávidos, sedientos. Luego echaba a andar con la ropa mojada, el largo cabello chorreando, los zapatos impidiéndole dar un paso. Era solo un juego. Una fantasía que la alejaba de la rutina de levantarse, ir a trabajar, ocuparse de la casa, hacer siempre la comida, como había hecho siempre.

Gil tenía guardados dos o tres vestidos, un poco de maquillaje, algunos zapatos de tacón alto en cajas de cartón. De vez en cuando, extendía todo aquello sobre la cama y se miraba en el espejo. Empezaba entonces la gran pantomima. Solo necesitaba un rato para alinear las cosas, elegir, componer su atuendo imaginario. Luego, el lápiz de labios debía armonizar con la base de maquillaje; los ojos, lucir lánguidos; los labios, espesos; los cabellos, bien peinados. No se acababa nunca. Cambiaba el rojo de los labios, las bragas, los zapatos. Así podía pasar horas y horas interminables. Se reinventaba. Le gustaba probar combinaciones de prendas, ver rostros nuevos, cuerpos distintos. Si ese vestido más oscuro quedaba bien con ese rojo. Cuando se movía por la habitación haciendo piruetas, el suelo crujía bajo la moqueta. En el espejo del armario no reconocía a la mujer que, de repente, aparecía al otro lado. Y, sin embargo, seguía siendo ella, una chica muy joven. Quería saber lo que le brindaría esa nueva manera de vestir. Maquillada, con el bolso de mano y los tacones altos, ya estaba lista. Fin de la sesión. Lo ordenaba todo. Nada a la vista. Nada se había movido. Solo quedaban algunos efluvios de agua de colonia.

El tiempo se escurría lentamente en el cuarto de baño, donde nunca entraba el sol abrasador.

Una pequeña corriente de aire se colaba por la ventana. Olía a fresco, a humedad, a productos de aseo. Dos o tres frascos abiertos de varios colores exhalaban un aroma a manzana. Las toallas se secaban en el radiador apagado, una alfombra de baño azul reposaba sobre el borde de la bañera. Quizá eran esas toallas de rizo de todos los colores lo que atraía a Félix. También la calma. Ese lugar le recordaba a Gil. Ella había crecido desnuda frente al espejo que ahora reflejaba a una mujer. Se deleitaba imaginándola ahí delante. Ella era esos olores frescos. Estaba omnipresente en todos los jabones, los cepillos, los peines amontonados aquí y allá, que desbordaban el pequeño estante de vidrio del lavabo. Qué bien olía toda esa mezcla: los ungüentos, los polvos, el agua corriendo, el vapor.

Gil había empezado a acostarse con hombres. Para Félix, estaba claro que gozaba de esa ventaja. Se había vuelto extremadamente liviana, ya no pesaba nada, apenas el peso de una mosca. Pero él habría sido incapaz de atraparla. El cuerpo de Gil se le habría arrugado como un papel en la mano. Había empezado después de abandonar la escuela. Ya llevaba encima muchas cunetas, muchos autobuses escolares, muchos paseos por la ribera. Se le acumulaban los jóvenes y los viejos, los hombres casados, los bigotudos, barbudos, peludos. Félix se aturdí al pensarlo. Se le hacía muy raro imaginar todo lo que entraba en el cuerpo de Gil. Todo lo que no se veía ni se decía. La amplitud de esa inmensidad provocaba sacudidas, creaba ondas a su alrededor. Quizá Félix exageraba esa liviandad. Pero Gil era un tornado, un ciclón. Evocaba tantas cosas, tantos misterios, tantas palabras sencillamente guardadas con una breve sonrisa en la boca o un gesto con la mano para enrollarse un mechón alrededor del dedo. Sin duda, ella deseaba esa liviandad, no pesar nada para, así, evitar que la vieran u oyeran. No ser más que una corriente de aire rubio dorado, sostenida por un par de piernas desnudas y blancas. Félix no sabía dónde se localizaba el deseo en esa criatura. Cuáles eran sus parámetros de clasificación. ¿O era todo un gran desorden? Intentaba levantar los velos y tocar la esencia. Dejaba a un lado a los hombres y trataba de encontrar la carne bajo la blusa. Quería conocer su sabor, el extremo por donde podría tomarla. Pero la ligereza de Gil siempre acababa inquietándolo.

La casa en el centro del pueblo con el árbol en medio del patio siempre había protegido a la frágil niña de antaño. Pero, al empezar a caminar por la carretera asfaltada para llegar al trabajo, Gil había crecido de golpe. Algo muy fuerte se había apoderado de ella, un nuevo ardor. Fue entonces cuando decidió vivir a lo grande y, de pronto, la pequeña población adquirió otro aspecto, otro rostro. Mucho más abierto, con más posibilidades. Con idas y venidas por todas partes. Y luego llegó Félix. La primera vez que le dijo cómo se llamaba, él pensó que llevaba un nombre de chico.

Gil no hacía ruido al regresar. Félix la esperaba sumido en sus fantasías. Desde el momento en que franqueaba la puerta de entrada, el perro se abalanzaba sobre ella para darle la bienvenida. Subía en silencio los escalones. Félix no oía más que la agitación del perro en la escalera. Le era imposible adivinar el mínimo gesto. No veía ni su ropa, ni su bolso. Se preguntaba de dónde vendría, si de un baile o de una habitación. Si había bebido alcohol. Contra qué muro se había apoyado, a qué coche había subido. Si había pasado frío, si temblaba en ese instante. Si pensaba en él, que dormía o fingía dormir. Nunca se le ocurría comprobarlo, claro. Si aún lo veía como un niño o, directamente, lo ignoraba. Vigilaba su resuello, los ruiditos de su garganta. Los gruñidos de Dodo, cuyo significado alcanzaba a comprender, lo serenaban. Ella había regresado. Se sentía

feliz por ello. Durante un instante, atisbaba sus piernas a plena luz por el resquicio de la puerta antes de sumergirse en el sueño.

Al día siguiente, por la mañana, a Félix le venían unas palabras a la cabeza. Quizá la noche las había puesto ahí. Las ordenaba, las apilaba formando capas, las hacía crecer, les daba consistencia. Ellas se infiltraban en su cuerpo y se aferraban a un nombre. Se imponían en todo su esplendor. Deslumbramiento, incerteza, nervios, eso era él. Tormento unido a las noches de verano en que la esperaba acompañado por el agresivo vacío que se instalaba en el patio, eso era él. Ella no volvía, quizá ya no volvería, fulminación, eso era él. Si pasaba muy rápido y él no conseguía verle la espalda, las piernas por detrás, frustración, eso era él. Olor fuerte, ácido de la camioneta, eso era él. Excavación, alquitrán, asfalto, eso era él. Zanja, pala, terraplén, eso era él. Las palabras le llegaban en cascada y él dejaba que vinieran. Almacén, tienda, supermercado. Supermercado le gustaba, supermercado era Gil. Olía a fresco, olía bien. Lo cambiaba todo. Félix presentía la palabra que estaba por llegar. Era nueva para él.

Se veía reflejada en el espejo del armario, en el del cuarto de baño, en los escaparates de las tiendas, en el enorme ventanal del bar, y su propio reflejo la sorprendía. Todos esos espejos multiplicaban su imagen. Ese cuerpo presente en todas partes. Descubría su propio rostro hasta en el fondo pulido de las cacerolas. Sonreía, no sonreía, se medía, se espiaba. De pie, muy recta, inmóvil en el centro de la habitación, pensaba en el texto que Félix le había leído en voz alta. Ya no encontraba dónde apoyarse en la mesa del escritorio. La cartera, los cuadernos, las pilas de libros, los estuches ya no le brindaban absolutamente nada, habían huido. No podía aferrarse a ellos. Todo parecía desdibujarse. Incluso los muebles, las cortinas, las paredes, la ventana. Y, sin embargo, su cuerpo existía en el centro de la habitación. Empezó a preguntarse qué hacía ahí. Le entró vértigo. Se moría de ganas de dejarlo todo y abandonar esa casa. Pero tenía que volver a ponerse en marcha para salir.

Unos chicos detuvieron el coche en el arcén y rodearon a Gil para charlar un rato. Hablaban de cualquier cosa, de los coches que pasaban, de la gente del pueblo, de los bailes, del supermercado. De su jefe. Querían saber «cómo era». ¿Ella iba a trabajar? «Sí». ¿El encargado era simpático? «Sí». Entre risas habían dicho:

—Gil nunca dice que no. —Ella no había dicho que sí. No había dicho nada. Ellos se reían. ¿Y el pequeño aprendiz? Se burlaban. Eran por lo menos cinco o seis. Llevaban cazadora, fumaban. Bien afeitados, olían a loción y a tabaco. Gil sintió cómo empezaba a marearse al ver todos esos ojos, todas esas manos. Se burlaban por turnos, seguidos de largos silencios. Eran tan flacos que cabían todos en el coche diminuto. Les gustaba recorrer el pueblo a toda velocidad, o también lo contrario, ir muy despacio para poder mirar a las chicas. ¿Dónde se juntaban? Misterio. La retenían en medio del corro. Intentaban acercarse con los ojos brillantes, un poco inquietos. Podía oír cómo pisoteaban la gravilla mientras daban vueltas a su alrededor. Le gustaba mirarlos, ser el centro del grupo que se formaba para deshacerse al cabo de un instante. A esas horas, nunca pasaba nada en la carretera. Algún coche de vez en cuando. Unos pocos aminoraban la marcha para identificar a esos jóvenes reunidos en el arcén. La tarde asomaba con serenidad. Ya empezaban a marcharse, todos apretujados. Se habían comportado con audacia y timidez. Le habían mostrado a Gil su fuerza, su virilidad, para que ella los reconociera. Antes de irse, la

saludaron con grandes gestos por las ventanillas bajadas. El coche arrancó con un chirrido de neumáticos. Unos diez metros más adelante, el conductor aún dio un frenazo para que Gil los mirara.

Félix era el Chico. El Chico era su nombre. En la mesa, Gil le decía a su padre: «Pregúntale al Chico». Para que acudiera a mirar las revistas a su habitación, le lanzaba: «Puedes venir, Chico». Cuando por la tarde, al volver de la tienda, no lo veía hundido en el sillón frente a la tele, preguntaba: «¿Dónde está el Chico?». En el supermercado, también decía «el Chico» cuando hablaba de él. «El Chico» era el aprendiz que trabajaba con el señor de la colilla. El chico olía bien cuando estaba cerca. Su olor en nada asemejaba al de una chica. Tenía la belleza de un chico, la extrañeza de un chico. La voz, los ojos, el cabello hirsuto le daban el aspecto de uno de verdad. También se veía en su manera de moverse, de no saber qué hacer con las piernas y los brazos, en esa forma de buscar el suelo bajo sus pasos o una pared para la espalda. La bolsa de deporte entreabierta por el suelo, la ropa suelta en la silla, los pasos lentos en la escalera, la puerta del cuarto de baño abierta de par en par, eso era «el Chico». Un chico es algo importante. Félix percibía que a ella no le resultaba indiferente la fuerza de ese cuerpo que trabajaba cavando zanjas. Así que, si las manos le olían a aceite de vaciado, tanto mejor.

Un día que estaba tomando apuntes para su informe de prácticas, ella le había preguntado cómo era su colegio. Allí solo había chicos, pero no era seguro que volviera. Ya se vería al final del verano. Para Gil, Félix tenía una pinta de estudiante que echaba para atrás. Mientras que, para él, no había nada claro, todo permanecía en un plano abstracto. No había comprendido muy bien qué le esperaba a su regreso. Por supuesto, se aplicó en su informe de prácticas. Gil lo ayudó, le dio los datos que precisaba sobre el municipio porque el señor de la colilla se había desentendido del asunto. No estaba disponible ni de buenas, así que Félix se contentaba con la información proporcionada por Gil. El pueblo, según las palabras de la hija del señor de la colilla, alcanzaba extrañas proporciones y estaba repleto de arriesgados proyectos. Las preguntas de Félix animaban a Gil, la estimulaban. Sentados a la mesa del salón bajo la ondulada tulipa, se entusiasmaban juntos ante aquel formulario. Estaban en sintonía. Félix se sentía feliz en su papel de encuestador con su lápiz, sus papeles y sus preguntas. A Gil le brillaban los ojos y le resplandecía la cara. Félix anotaba los nombres de los principales monumentos, describía la casa, el trabajo de peón caminero. De repente, el ambiente cambió y se pusieron a jugar. Él le preguntaba por los nombres de sus maridos, si se había divorciado muchas veces, si tenía hijos, si era la propietaria de sus comercios, cómo se ganaba el pan para su familia. Mascaban los chicles que ella había traído del supermercado, que olían a menta. Félix le preguntaba por sus antepasados, su árbol genealógico. Ella no sabía muy bien qué responder. Reflexionaba un momento y luego decía:

—No me acuerdo.

Se había hecho de noche y ya estaba muy oscuro. Se quedaron callados y se sintieron muy cerca, allí sentados, uno al lado del otro. Al cabo de un momento, Félix volvió a preguntar algo más, pero ya no escuchó la respuesta. Fingió escribir algo rápidamente. Se sentía inquieto. Sentado en el sillón, el señor de la colilla dormía con los puños cerrados.

Gil inventaba historias. Decía que los hombres iban a llevarla muy lejos, iban a meterla en un coche para sacarla del pueblo, de la ribera. Solo esperaban el momento idóneo. Tenía ganas de

asustar a Félix o de asustarse a sí misma. Mientras lo miraba de soslayo con los ojos claros decía que, sobre todo, lo que no quería «por nada del mundo» era que el señor de la colilla se preocupara. Félix no acertaba a comprender exactamente qué quería decir con eso. La veía agitada. Y es que la tenían tomada con ella, no le daban respiro. Hacía el amago de preparar una bolsa con ropa y zapatos y suspiraba:

—De verdad, no sé qué voy a hacer... —Y acto seguido, la asaltaba una risa histérica. Se ceñía bien el cinturón de la falda, se alisaba la blusa y se ponía otra vez seria. —Todos la tienen tomada conmigo. Me comerían si pudieran, son malos bichos. Todos quieren algo de mí, el puño de la manga, un trozo de piel. Una vez me caí al río y al final conseguí salir, pero tuve que volver sola caminando, empapada. Y él..., ¡paf!..., desaparecido en combate. Nunca más volví a saber nada. —Luego se reía de nuevo—. Habíamos bebido mucho y me pasé todo el camino estornudando. —Félix veía cómo los dedos del pie se agitaban bajo los zuecos. Y ella añadió—: No me dejan tranquila, no se acaba nunca, es agotador. Tú no puedes hacerte una idea, claro, eres demasiado pequeño.

Félix se preguntaba si, en realidad, lo que ocurría era justo lo contrario: que nadie venía. La espera interminable en la ribera y el coche que no llegaba, el chico que no llegaba. El vestido y los cabellos que permanecían intactos. Una cita fallida, con la ropa sin arrugar, sin que las manos de ningún hombre la hubieran tocado. La jornada se quedaba como congelada. Quizá era eso, que nadie venía a buscar a Gil, ni a la tienda ni a ningún otro sitio. Pero ella seguía inventando todas esas historias para Félix mientras preparaba el bolso, el equipaje.

—Seguro que pronto pasa algo, ya lo verás. Un día ya no estaré aquí.

A Félix le habría gustado poder quedarse un rato en la cama por las mañanas, fantaseando o leyendo. Si Gil pasaba por delante de la puerta abierta, intentaba atisbarla aún en camisón. Normalmente, en esos momentos, ella no prestaba atención alguna al Chico. Félix solo alcanzaba a sorprender un deslizamiento sobre el linóleo, un crujido de telas y el ligero resuello de su respiración. Al escuchar atento los sonidos más leves mientras ella se dirigía al cuarto de baño, adivinaba hasta el menor de sus movimientos. En estos residía, para él, la mayor delicadeza de cada día: vivir el mismo momento en la misma casa que ella. Por desgracia, el señor de la colilla decidía, justo entonces, que ya era hora de ponerse en marcha. Gil tenía que levantarse para ir al súper y Félix, para trabajar en la obra. Luego Gil y Félix se bebían el café a grandes sorbos, en silencio. Los cristales de la planta baja ya vibraban a esa hora, pero para ellos aún era de noche. Las sacudidas de los camiones los devolvían poco a poco a la realidad. Empezaban a oír el tintineo de las cucharas en los tazones y los bostezos del perro. Ambos sentían un vago pudor ante el pijama y el camisón que aún llevaban puestos. El señor de la colilla, por su parte, ya estaba sumido en su propio mundo. Gil y Félix vivían ese momento del desayuno con placer, simplemente por estar allí sentados, juntos, en la cocina. Luego había que subir para empezar a vestirse. Por la noche volverían a juntarse.

Para Gil, Félix era una especie de hermano pequeño del cual debía hacerse cargo. Pero también estaban los hombres. Se sentía atravesada por algo que no podía decir, algo extraño, que no tenía cabida en la habitación de una chica, ni en la casa; algo que saltaba las fronteras y los muros y la conducía hasta la ribera. A todas las miradas que venían a reclamarle algo, que temían un rechazo, Gil les decía que sí. En las terrazas de los bares, dejaba que los chicos se sentaran a

su mesa. Al hacer la compra, al caminar, al bailar, los atraía. Se mantenía bien recta, se vestía de corto y claro, con ropa sencilla y sin trabas. No quedaba otra que dejar aquello libre, ofrecerlo, porque la vida consistía en eso. Quería sentir las miradas que se posaban sobre ella, estar alerta, disponible. Que no se colmara nunca ese deseo. Esa locura que la mantenía contenta, que la hacía reír. Qué fácil era estar abrazada a un hombre. Ella quería lo que querían ellos, siempre y cuando pudiera volver a su habitación por la noche, dormir cerca de su escritorio abarrotado de cuadernos. Pero la infancia ya se había terminado.

Un día, Félix sorprendió a Gil quitándose la ropa antes de entrar en la bañera. Ella sabía muy bien que podía verla desde su habitación. No sentía desconfianza alguna. Casi siempre dejaba la puerta abierta para escuchar los ruidos de abajo. Oía los pesados pasos del señor de la colilla, pero el zumbido de los camiones le ocultó la llegada de Félix. Gil solía asearse bastante rápido, pero los días en que no tenía que ir al súper se demoraba mucho tiempo. El murmullo del agua, el flujo del grifo, le sonaba como un arrullo. El vapor evocaba en ella un jardín en los trópicos. El cuarto de baño le resultaba uno de los lugares más agradables de la casa gracias a su aspecto vagamente lujoso, con sus azulejos blancos y azules, sus pulidos grifos, su lavabo cuadrado, su alfombra de baño azul regio, su largo frasco de agua de colonia, sus jabones de colores. A Gil, cuando podía, le gustaba demorarse allí, sumergirse en el agua y dejarse hundir en ella, sentirse como una concha de mar. En esos momentos, el tiempo detenía su curso. Un rayo de sol atravesaba el vaho para venir a iluminar su piel y los cabellos mojados. Mientras la miraba, Félix se extrañó al encontrarla tan delgada, casi flaca. Nunca la había visto así y no se esperaba esa piel blanca, esa mata roja tan turbadoras. Gil se enjabonaba con movimientos lentos, ágiles y armoniosos. Se colocaba debajo del chorro y cerraba los ojos. Parecía frágil. Ya no era la misma Gil de la falda corta, los zuecos y la mirada segura. Desnuda, parecía perdida en esa enorme bañera que tenía unas patas como garras de león. Al salir del agua, había tanto vapor que ya no se veía reflejada en el espejo. Antes de lavarse los dientes, pasó la mano por el espejo y, acto seguido, empezó a desenredarse el cabello con un cepillo de mango largo de madera. A veces tiraba muy fuerte y esbozaba una mueca. Félix se quedaba impresionado ante esas imágenes. Ya nunca vería la bañera de la misma manera. Al día siguiente, se desnudaría en el cuarto de baño pensando en ella. Y sentiría una mezcla de miedo y deseo por que ella lo viera como él la había visto. Deseaba que lo viera porque quería mostrarle que era más robusto de lo que imaginaba, que su cuerpo podía ser más fuerte que el suyo, que sabría protegerla. Pero a Gil ni se le pasó por la cabeza espionar al Chico.

Félix, apoyado contra una pared del salón, esperaba a que el señor de la colilla viniera a buscarlo. Era cierto que el zumbido de los camiones sonaba como un arrullo. Los cristales vibraban a trompicones. El sol ya empezaba a calentar. Un reflejo de la luz de la mañana iluminaba los zapatos de Félix y la cabeza del perro. Gil había traído una cafetera de la tienda que había ganado coleccionando puntos. Había juntado los del señor de la colilla y los del Chico con los suyos. Los había puesto en un rincón del aparador y había pedido que nadie los tocara. Y al final, los había cambiado por esa cafetera amarilla tan nueva, con un borde dorado que brillaba al salir del embalaje. Quedaba muy bonita en la cocina. Para ponerla en marcha, había un folleto de instrucciones dentro de la caja. Gil aún no había tenido tiempo de hacerlo porque había tenido que apresurarse a volver al súper después de comer. Félix prefería no poner la cafetera a esas horas,

aunque a todo el mundo le gustara el ruido que hacía, y a Gil también. Félix, sentado en el borde de la silla, entre la mesa y la encimera, sacó las instrucciones de la cafetera y empezó a leerlas. Estaban en inglés y había unos dibujos explicativos. Por primera vez leía algo en esa lengua que le parecía fácil. No sabía por qué se sentía atraído por esos párrafos, que decían que había que tratar el aparato con cuidado. Para ponerla en marcha por primera vez, era mejor usar solo agua. Le sorprendió ser capaz de entender tan claramente las instrucciones. Todo parecía magníficamente explicado. De repente sintió ganas de encenderla. El folleto, al darle la posibilidad de hacerlo, le despertó el gusto por aquel pequeño electrodoméstico cuyo único rasgo extraordinario era no haber sido utilizado antes. Todo era muy simple, las frases estaban numeradas. Había que proceder por orden, claro está, poner agua dentro, enchufar el aparato, apretar el botón rojo. Las frases pasaban del folleto a la cafetera, se convertían en gestos. El agua empezaba a formar remolinos y gorgoteos, a transformarse en vapor. El perro emitió un gemido, levantó la cabeza y volvió a dormirse. Félix estaba solo en la cocina con un objeto nuevo por estrenar que pertenecía a Gil. Notaba una especie de música en la cabeza a medida que descubría la relación entre las palabras y las cosas.

A Félix le había encantado descifrar el folleto de la cafetera. Le había gustado ejecutar las instrucciones punto por punto en la fresca soledad de la cocina. El gorgoteo del aparato lleno de agua clara lo condujo a una especie de excitación ligada al placer de conseguir que algo funcionara a partir de unas frases. Era tan sencillo seguir el folleto de instrucciones. La puesta en marcha de la cafetera lo reconciliaba con los sibilinos encuentros que había tenido con sus profesores y le recordaba la belleza del texto que siempre llevaba consigo. Este le procuraba el mismo placer, pero, además, contenía algo adicional. Abría un espacio que lo remitía a Gil. Existía una concordancia entre los dos textos. La lectura de aquel trozo de papel usado y ligeramente arrugado lo conmovía al tiempo que le inspiraba miedo, porque hablaba de una pérdida. Dolía. Pero sí, la gente podía desaparecer. En la cocina, Félix esperaba el regreso de Gil. Durante su ausencia había aprendido el curioso vínculo entre las palabras y las cosas, su eficacia y su violencia. Volvió a leer el párrafo. De repente, se le ocurrió que quizá por eso había llegado hasta allí, para esperar a una chica, temer que nunca regresara y destapar el poder de las palabras.

Cuando Félix entró en el supermercado y vio a Gil subida en el escabel para reponer el estante de las bebidas alcohólicas, la vista de sus piernas y su cabello rubio a plena luz le provocó un gran deseo de tocarla. Ella ni siquiera lo había oído entrar. También sentía ese mismo deseo cuando ella llegaba a casa, se quitaba los zuecos y se ponía las alpargatas rojas. Esas piernas eran mágicas. Para servir y rellenar los platos, se desplazaba con la liviandad de un pequeño animal. Félix no era tonto y sabía que ella prefería a los otros chicos, los mayores, los fuertes. Le habría gustado que las cosas fueran distintas. Que llegara una noche dulce, llena de cafeteras y palabras relacionadas con el texto y la historia de la chica desaparecida. Le gustaba la diferencia de edad que permanecía instaurada entre ellos, su ropa, ese cuerpo de chica que le resultaba tan extraño. Deseaba retenerla, gustarle, hacerla reír. Le gustaría que se deslizaran juntos por la cama, enredados, apretujados, abrazados, y que se durmieran pegados el uno al otro después de un instante que pertenecería únicamente a ellos dos. Pero estaba esa vida oculta.

Gil se negaba a leer aquel texto, no quería ver más allá de los signos negros, las comas, las mayúsculas amontonadas. Sencillamente, palabras yuxtapuestas, ordenadas en forma de párrafos terminados en puntos y aparte. Con la hoja en la mano, miraba fijamente la página, la dejaba sobre el escritorio, volvía a mirarla. Aquel papel arrugado era muy bonito. La tinta sobre la que tantas manos se habían deslizado había adquirido una pátina agradable. Algunas letras, algunas palabras habían comenzado a borrarse. En el fondo, se sentía fascinada por aquella acumulación de caracteres negros que formaban una imagen. Pero lo que más le gustaba era que Félix se lo leyera. Entonces, las frases se cargaban de sentido. Los jeroglíficos se desvelaban cuando la voz de Félix le traía esas palabras. Decían cosas bellas. Quería que la belleza escondida que contenía aquella hoja de papel le fuera revelada por boca de Félix. Esos pequeños grupos de signos que evocaban el exterior, el más allá, el misterio, podían llegar a ser inquietantes. Gracias a la lectura aparecía otro mundo, y del remolino brotaba la luz. Aquel fragmento de texto revelaba tesoros que se le ofrecían por medio de Félix. Y aquellas palabras, seguramente, la llevarían a otro sitio distinto de la casa, de su habitación; la sumergirían en un espacio diferente al que conformaban las calles vacías del pueblo, las aceras que conducían al supermercado, los senderos que llevaban a los campos, al río. Las palabras de Félix constituían una especie de rumor lejano y la acercaban a ese universo distinto.

Realmente, Félix quería a Gil, pero ¿qué significaba eso? No conocía bien la palabra. O, mejor dicho, la palabra le recordaba ciertos estados de la infancia, de cuando era muy pequeño. Ahora se sonrojaba al oírla. Si dejaba que acudiera a su mente, se sentía desvalido. Esa palabra lo empujaba, provocaba algo muy extraño en su cabeza. La asociaba a un olor, un sonido, un caminar, una chica alzando los hombros y recogiendo los cabellos detrás de la oreja. Para su desgracia, Gil salía todos los sábados por la noche. Montaba en los coches, la acompañaban. Hablaba con chicos frente a la casa, en la carretera, desaparecía con ellos. También miraba un poco la tele de refilón, al regresar, y se sentaba al lado de Félix sin hacer ruido. En otras ocasiones le enseñaba revistas o lo aceptaba a su lado en la colcha, pero nada más. Le caía bien y eso era todo. Y, sin embargo, se le había metido en la cabeza conseguir una copia del texto, así que Félix decidió dictarle el párrafo sobre la chica desaparecida. Fue al caer la tarde. De repente, ella empezó a prestar atención. Se tomaba el asunto muy en serio. Con el lápiz en la boca, diríase una alumna ejemplar. Quizá Félix le caía bien. La voz de él temblaba. Ella se quejaba y le pedía que hablara más fuerte. Se mordía el labio inferior. Félix caminaba a grandes pasos por la habitación. Empezó a gritar por miedo a que el momento se le escapara. La luz se posaba descarnada sobre el texto, le dolía que la chica ya no estuviera allí. No era más que un recuerdo. Por suerte, ahora la remplazaba otra, la que vivía en esa casa. Esa Gil que tenía delante era muy atractiva. Félix no sabía dónde iba, pero allí se dirigía sin vacilar.

Félix sabía que Gil había vivido muchas cosas de las que él solo alcanzaba a formarse una vaga idea. Estaba bien que tuviera un cuerpo bonito y que no temiera por él. El encargado, según sus palabras, no significaba nada y, al mismo tiempo, era una larga historia. También las otras, atestadas de nombres bien ordenados. ¿Todo aquello era verdad? Félix creía que sí. Sentía ganas de creerlo y de no creerlo. Le gustaba el misterio, no necesitaba pruebas, muy al contrario, y tampoco verlo con sus propios ojos. Gil madrugaba cada mañana, pero nunca se sabía a qué hora iba a regresar. Durante las tardes calurosas, vagabundeaba en busca de algo que él desconocía. A

su regreso, solía entrar en la habitación del Chico para charlar un rato. Le había hecho un pequeño hueco en la casa y había acabado por tomarle cariño. Para ella, la habitación de Félix y su cama constituían otro rincón donde acurrucarse. Félix era consciente de la suerte que tenía de estar allí, de formar parte de la casa. Se guardaba muy mucho de hacer ruido, de rebelarse. Cada noche, sus ritmos se acoplaban un poco más. Félix sentía debilidad por esas primeras horas frescas de la mañana, cuando las puertas de las habitaciones permanecían entreabiertas.

Nunca había poseído nada, y eso no tenía importancia alguna. Sentado en la cama de Gil era feliz. Sentía que compartían el abrigo bajo el mismo techo, y que las paredes parecían resistentes, y con eso bastaba. Solo necesitaba algo de ropa y un trozo de papel arrugado con unos párrafos escritos, nada más. Para él, lo importante eran Gil y su colcha tersa, como una piel de oso que olía a suavizante. Después de comer, ambos subían a la habitación y ella se arremolinaba alrededor de Félix, entre el armario, la ventana y la mesa de escritorio, y hablaba a toda prisa. Había pasado por delante del cine para ver la película que estaba en cartel, había bajado hasta la ribera, se había tomado un vino en la terraza del bar. Lo vertía todo mezclado, los chicos, el trabajo. Las palabras le salían en cascada. Todo se sucedía: el cine, la piscina a la que algún día habría que ir, el río cuyo lecho no cesaba de menguar. Luego estaba el señor de la colilla con su camioneta destartalada, sus bares, sus vinos en la barra. También las cosas que ocurrían en las cunetas, y que ella evocaba con los ojos brillantes, sosteniendo la mirada de Félix y riéndose con la boca abierta. Le gustaba hacer que se sonrojara, llevarlo a ese estado en que él, con las mejillas coloradas, sentía una mezcla de pudor y placer. Pero entonces, ¡ay!, tenía que irse ya para el súper, para «la tienda», como lo llamaba ella. Pronunciaba «Jacky» con acento, como si en ese momento estuviera contemplando la pulsera grabada en mayúsculas del encargado. De repente, el nombre rebosaba sus límites e inundaba el espacio. Félix se preguntaba si, con ese nombre, el encargado no la golpearía. Pero no. Era solo un nombre que centelleaba a la altura de la muñeca.

¿Qué era lo que vivía Gil allí lejos? ¿De qué se veía rodeada por las noches? ¿Aquellos tipos bailaban con ella? ¿Le hablaban, la miraban a los ojos? ¿De qué color se le ponían la falda y los zapatos en esos momentos? ¿Qué bolso llevaba? ¿Se la veía alta en medio del gentío, la más bella de la pista? ¿Se quedaba sola en un rincón? ¿Estaba borracha? A Félix le gustaba pensar que destacaba en medio de la multitud, pero el hecho de que bebiera lo disgustaba. Él no bebía. Seguro que a Gil no le gustaban todas las canciones. La orquesta tenía que tocar algo bueno para despertar su interés. La noche siempre podía torcerse hasta el desastre. Félix había oído hablar de ese tipo de cosas, que muchas veces acababan en peleas. De repente todo el mundo echaba a correr, presa del pánico, intentando alejarse de la oleada de gente. Gil seguramente también tendría miedo, por el alcohol y la estampida. Entonces, temiendo que alguien se cayera al agua, arrastraría consigo las guirnaldas, mientras la orquesta seguía tocando. Y la pista se quedaría de pronto vacía, con la sola presencia de un viejo borracho, demasiado ebrio para poder bailar. Pero nadie se había caído al agua. En todo caso, no ese viejo que se movía al compás de la música, con un vaso en la mano. De la oleada llegaba un rugido. El inicio de la riña había sido más bien una excusa, una oportunidad para marcharse de allí. Todos tenían ya suficiente. Y ella, ¿habría bebido, con los labios pintados de rojo? Ojalá pudiera oír su voz. En el pueblo, el zumbido de los camiones se había calmado. Pero, de pronto, las sirenas de los bomberos retumbaban con más fuerza y las luces azules giratorias de los coches de policía sembraban la inquietud. A Félix la

noche le hacía daño. Estaba tumbado en la cama. El viento agitaba las hojas del árbol en el patio. Él también oía bocinazos a lo lejos. Sábado por la noche. El señor de la colilla seguía fuera, puesto que los bares aún estaban abiertos. En el pueblo nunca había baile. Para bailar, había que irse al pueblo vecino. Aunque Félix no sabía muy bien dónde estaba. Le pediría a Gil que se lo enseñara en el mapa. Le gustaba que ella le explicara las cosas. Allí no pasaba nunca nada. La ventana estaba abierta, el perro roncaba, aquel era el lugar menos interesante del mundo. Y, sin embargo, le gustaba sentir la inmensidad de la noche encima de él, a su alrededor. Tenía una vaga idea de la distancia que había entre las estrellas, y de la Vía Láctea. Todo eso no lo asustaba, le parecía normal. Lo que le daba miedo eran los coches que no volvían y alguien encontraba después en las cunetas, y que los bomberos remolcaban bajo unas luces que giraban a cámara lenta. Intentaba despojarse de esas imágenes. De todos modos, aquello ocurría muy lejos, en un lugar desconocido para él, en una vida cuyo acceso le estaba vetado. Gil iba a regresar. Siempre regresaba, no podía desaparecer de la casa, de su habitación. El árbol del patio la estaba esperando, no podía existir sin ella. La casa era ella, así que Félix no tenía nada que temer. Era el señor de la colilla quien podría haberse inquietado, pero siempre había algún alma caritativa que lo traía de vuelta. La mayoría de las veces acababa sobreponiéndose sin problemas, sin hacer ruido. A esas horas se arrastraba por los bares o dormía en algún banco cercano a la casa. Y Gil acababa regresando incluso los sábados por la noche. Félix odiaba aquellos ruidos de sirenas. Se erigía así en vigilante del pueblo hasta el amanecer. Se le hacía largo, pero no quería dormirse hasta reconocer los pasos de Gil en la escalera. Deseaba que ella le concediera una mirada, para asegurarse de que él también estaba bien, de que la casa estaba a salvo. Con Gil en el nido ya podía venir el sueño.

Gil subía y bajaba la escalera a toda prisa, una y otra vez. Viva, ligera, atenta, era como una corriente de aire dentro de la casa. Llegaba para marcharse un instante después. De noche, se largaba sin avisar. Y luego, de repente, aparecía en su habitación, en su cama. Félix la oía respirar entre sueños. Imaginaba cómo se le henchía el pecho bajo el camisón. El día aclaraba y era domingo. Pero no por esa razón Gil estaba más disponible. Había una especie de casillas en las que Félix no sabía qué poner. Algo misterioso se desprendía del cuerpo de la chica. A Félix le habría gustado saber de qué se trataba. En aquellas ocasiones en que se acomodaban sobre la colcha, a la luz anaranjada de la tarde, la tenía muy cerca, pero no por ello se enteraba de algo más. Gil tenía una vida oculta que él no podía descubrir.

En una callejuela del pueblo había un viejo cine de aspecto abandonado. Un rótulo lo anunciaba sobre una doble puerta de madera roja con la pintura desconchada. Parecía un granero del que hubiera que desconfiar. Félix se preguntó quién mantendría aquel lugar. Una vez traspasada la enorme puerta y compradas las entradas, Gil y Félix se encontraron codo a codo con unos cuantos desconocidos y una vendedora de bombones y palomitas. Félix quedó impresionado al ver los sillones granates y las luces rojas, que daban un aire lujoso al conjunto. La pantalla permaneció blanca y vacía durante un largo rato, y luego la sala empezó a ensombrecerse lentamente. Se oían cuchicheos, ruiditos con la saliva. Félix estaba encerrado de veras con Gil. La música, la espera, los cuerpos que se tocaban le hacían sentirse incómodo. Entonces le entraron ganas de correr afuera con ella, de salir al aire libre. Mientras reparaba en el calor que hacía, fue reinando el silencio. No se atrevía a abrir la boca, ni a volverse para mirarla. Tenía la nuca, las piernas y los brazos rígidos, la garganta oprimida. Gil estaba allí a su lado, con su insólito cuerpo

de chica. Su presencia lo dejaba petrificado. No habría sido capaz de juntar ni tres palabras, y no digamos organizar una frase entera. Miraba las luces de las salidas de emergencia, en lo alto de la pared y en el suelo. Se esforzaba por mantener la calma. Por su mente desfilaban la callejuela, con su única farola, y el pesado portón de madera. El cuerpo de Gil hacía que algo le brincara en el pecho. Cuando por fin empezó la película, Félix se sintió liberado y su miedo se disipó. La respiración de Gil se acompañaba con la suya, juntos marchaban hacia lo imaginario. En pleno día, siempre que pasaba por delante del cine, la puerta estaba cerrada.

«¿Cómo será Gil dentro de dos o tres años?», se preguntaba Félix. Cuando tuviera veinte. Ya no llevaría la misma ropa, pero los colores serían más o menos parecidos. Faldas cortas, camisas claras. Lo que no habría cambiado sería, a ciencia cierta, la lencería. La ropa interior con encajes y toda suerte de estampados, flores, estrellas. Pequeños tesoros que ella contemplaría satisfecha cada vez que abriera la puerta del armario con un crujido. La ropa estaría amontonada pero limpia, y olería bien. A cosas de chica. Y en el espejo colgado de la puerta, Gil se examinaría el rostro, los senos y, dando un paso hacia atrás, el vientre y los brazos. Los perfumes, el maquillaje y las cremas seguirían en el estante de arriba, en perfecto orden. Las etiquetas arrancadas y algunos frascos destapados añadirían un poco de misterio al conjunto. El olor a lana y a seda se extendería por la habitación. Los rincones sombríos del armario serían un verdadero abismo en cuyo interior, quizá, aún estarían los pendientes de plástico azul como un recuerdo de la escuela. ¿Seguiría creciendo Gil? Ciertamente, Félix no podía adivinar el futuro. Pero los cabellos despeinados y la piel blanca seguirían ahí. Y cada vez que abriera el armario, volvería a encontrarse con el olor de los días pasados.

A veces, al caer la tarde, había momentos de calma en los que la actividad se detenía después del trabajo. Toda agitación desaparecía. De repente, todos se sentían un poco perdidos, soñolientos, como si atravesaran un momento flojo. La cena se hacía esperar. Por las ventanas abiertas se escuchaba la música proveniente de un camión detenido en el semáforo rojo. Gil estaba tumbada en su habitación y el señor de la colilla reposaba tranquilo en el sofá. El aire caliente seguiría entrando en la casa hasta el anochecer. Las puertas entreabiertas daban la impresión de que las habitaciones estaban unidas. Todos estaban ahí, unos a otros enlazados gracias a la escalera central. Nadie veía a nadie. Solo estaba la casa, que dejaban abierta por gusto, para sentir una pizca de aire en la piel. Aún pasaban coches, pero eso ya poco importaba. A Félix lo invadía la satisfacción de haber escapado del olor del alquitrán y de haber olvidado el sudor, la manguera para el asfalto y el rastrillo. Gil había pasado frío en el súper, pero ahora entraba en calor. Todo quedaba en suspenso, pero eso a nadie le preocupaba. El tiempo apenas corría. Luego, más tarde, ya bajaría Gil a la cocina sin hacer ruido y se pondría con la cena. De un momento a otro, el señor de la colilla abandonaría de un sobresalto su ensoñación para preguntar la hora con la mirada perdida. ¿Para ir adónde? Al bar, seguro. Pero en ese instante, todo parecía aún suspendido. Félix velaba sin pestañear. Aguzaba el oído para escuchar el más mínimo crujido de la madera. Quería disfrutar de ese momento que sabía fugaz. Pronto lo llamarían y se rompería todo.

Gil, al salir de la tienda, echó a andar todo recto, de un modo un poco salvaje. Nada detenía su mirada. Por primera vez, se había puesto los tacones y una falda de flores bajo la blusa abierta.

Pero inmediatamente torció a la derecha para desviarse del camino a casa. Se alejaba así de la calle principal del pueblo, del centro, de los comercios. Parecía dirigirse hacia la ribera. Pasó por delante de la escuela, siguiendo la acera, siempre acompañada del claro sonido de sus tacones. Luego llegó a la carretera larga que bordeaba los edificios grisáceos, justo delante del campo de fútbol, y un poco más allá, el cementerio. La vida parecía vaciarse a ese lado del pueblo, las casas empezaban a diseminarse. Las viviendas se espaciaban, se elevaban hacia las alturas, se atrincheraban. Aparecían jardines privados con grandes alambradas verdes. Gil caminaba rápido. Las distancias no eran las mismas; el sol, el aire eran nuevos, como recién estrenados. Tenía calor y el cabello se le pegaba a la frente. Divisó a unos niños a lo lejos, sin detenerse. Alcanzó el sendero de gravilla que bajaba a la ribera. El coche que llegaba en ese momento aparcó en la explanada, junto al centro deportivo. Gil se colocó detrás del talud. Un hombre vestido con traje y camisa blanca salió del coche. Él también tomó el sendero de gravilla. Abajo no había nadie. Los escasos paseantes habían desaparecido. No quedaba más que el largo río, lleno de reflejos, los arbustos, la vegetación densa. Gil no veía más que agua. No sentía sino la hierba verde y húmeda bajo su cuerpo. El agua espejada, después de la caminata, y la penumbra después del sol la refrescaban. El hombre llevaba traje. El traje. Algo tan chic, impecable y estupendo. Una chaqueta azul marino que en modo alguno había que arrugar, una camisa que en modo alguno había que arrugar, un pantalón que en modo alguno había que arrugar. Gil oía los columpios a lo lejos. Se agarraba al cuerpo del hombre.

—Podría casarme contigo. Me encantaría. Tengo que ver si es posible, tengo que reflexionar. Lo pensaré. —Se ponía bien la ropa, se quitaba el polvo, alisaba los pliegues. Buscaba una manera de salir dignamente de la maleza. Antes había dicho—: Hasta pronto. Me pasaré por la tienda. —Se levantó y no volvió. Ya estaba alejándose de la orilla del río con expresión pensativa. Entonces, bajo la certeza de que nadie lo estaba mirando, se volvió hacia ella y le hizo un gesto contrito. Luego reemprendió la marcha con aires de importancia, de preocupación, sumido en sus pensamientos. Ya cerca del coche, apresuró el paso y entró sin volver la vista atrás. Arrancó y se fue. Abajo hacía fresco, Gil buscó un poco de sol para calentarse. Recogió las bragas blancas de la hierba y las deslizó por las piernas hasta arriba. Se volvió a poner la ropa sin esfuerzo. Enfiló el camino resplandeciente de pequeños guijarros blancos antes de alcanzar la carretera, el asfalto. Ahí las piernas, y todo, ya entraron en calor.

Félix sintió un nudo en la garganta el día que avistó las nalgas de aquel tipo en la ribera. Era la primera vez que veía de verdad algo así. Se le hizo muy raro. Además, Gil estaba debajo. Solo distinguía su cabello dorado. Oía el silencio más claramente que de costumbre mientras veía agitarse aquellas nalgas blancas y lisas. Al descubrir la línea del cuerpo inclinado que cubría el de Gil, Félix sintió una especie de mordisco en el vientre. Penetrar ese cuerpo así, en medio de las altas hierbas, ponía la carne de gallina. No sabía si era a causa del tipo y de sus nalgas, o bien debido a su propia presencia. Con el pantalón a la altura de los tobillos, las piernas tendidas se agitaban, se crispaban. Félix se ahogaba. Tenía la cara tan blanca como las nalgas de aquel tipo. Estaba siendo testigo de todo aquello; sin querer, los ojos se le habían puesto como platos. Estupefacto, no podía quitarles la vista de encima. El corazón le latía violentamente por todo lo que estaba pasando. Tenía ganas de huir y de quedarse. Estaba ahí plantado, alelado, seguro de que no volvería a ver algo así tan de cerca. ¿Por qué había ido hasta allí? Obviamente, por curiosidad. Sabía muy bien lo que quería ver y, sin embargo, no deseaba ver. Habría preferido

sorprenderlos por accidente, por casualidad. Lo había visto justo en el instante en que había deseado huir de allí. De todas maneras, estaba excluido. Dentro y fuera al mismo tiempo. Algo gritaba y retumbaba para sus adentros. Le llenaba el pecho de sollozos que intentaba tragarse. ¿Era porque no estaba ahí o porque estaba ahí? Se encontraba de frente a aquel enigma como si se encontrara de frente al vacío. Ya estaba bien de quedarse ahí plantado, como un tonto, en la linde del bosque de la ribera, sin saber qué hacer, sin saber cómo marcharse. No podía hacer otra cosa que querer a Gil, quererla bien, como uno quiere a su hermana mayor. Él aún no podía acceder a todo aquello. Él aún no era aquel tipo. Aquello no le pertenecía.

El rostro de Gil era abierto, acogedor. Escuchaba las recomendaciones del señor de la colilla con una paciencia angelical, sobre todo el día en que este decidió que los llevaría a la piscina. Gil y Félix no acabaron de entender por qué. Quizá alguien le había dicho al señor de la colilla que estaría bien que hiciera algo así. O quizá en el bar alguien le había soltado:

—A tu hija, mejor la llevas a la piscina.

En el bar, el señor de la colilla tenía siempre los ojos azules al borde de las lágrimas. Pero era capaz de oír ese tipo de cosas. Entonces les propuso llevarlos a que se bañaran. Una resolución basada en un capricho, pronunciada en la punta de la colilla el domingo por la tarde. Luego atravesaron el pueblo vacío. La camioneta los dejó frente al complejo municipal, construido en el centro de un parque. El señor de la colilla les dijo:

—Volveré a buscaros.

Félix siguió a Gil en dirección a la entrada. Ella ya conocía el sitio. Luego se escabulló, y Félix tardó mucho tiempo en desvestirse. El aire estaba cargado de electricidad. A Félix no le gustó, había demasiado barullo, demasiado ruido. Después de remojarse los pies, los asaltó un griterío en forma de reverberaciones. La luz cenital se reflejaba en el agua y, de golpe, apenas se distinguía nada. Sin embargo, Félix consiguió encontrar a Gil, que lo esperaba de pie, a plena luz, con un traje de baño de dos piezas y el cabello claro y resplandeciente. Se encaminó hacia ella, descalzo entre las baldosas de granito. El agua lucía de un azul tan bello, intenso y transparente, que a Félix le entraron ganas de sumergirse en ella. Desaparecer bajo el agua y observar cómo los niños nadaban por encima de él. Tal vez así podría distinguir el cuerpo de Gil en movimiento. Ella exclamó:

—Vamos a ponernos ahí.

Félix extendió las toallas sobre las baldosas, frente a la reja que rodeaba el parque, y fueron a bañarse. Había mucha gente en el agua. Era evidente que Gil no nadaba bien. Intentaba algo parecido a la braza, pero daba la impresión de que, más que nada, lo que hacía era moverse para no hundirse. No se alejaba del borde porque sabía que era mejor no tentar al diablo. Avanzaba a trompicones, pero, aun así, lograba evitar a los otros bañistas. Félix la siguió con la mirada mientras atravesaba la piscina. Con su dos piezas amarillo y el cabello recogido, a pesar de aquella forma que exhibía de nadar como un perrito, se veía muy bonita. Qué manera tan linda de debatirse en medio de toda esa gente, de esos gritos. De hecho, la gente no nadaba, sino que se agarraba a los bordes, se aglomeraba en las esquinas. A los niños les gustaba, sobre todo, atravesar la piscina a nado, hacerse ahogadillas, empujarse, tirarse del pelo. Félix se preguntó cuánta gente podría chapotear allí dentro. De pie junto al borde con los ojos entrecerrados, sintió envidia de aquellos niños. A él también le habría gustado correr. Finalmente, se lanzó al agua para disfrutar de ese azul que no podía tener para él solo. Era demasiado grande. Con la cabeza bajo el

agua, escuchó los sonidos agudos provenientes del fondo. Después de dos o tres largos, Gil salió de la piscina para tumbarse en la toalla y secarse al sol. Félix la siguió. Estuvieron así, dormitando, mucho tiempo en silencio, uno al lado del otro. Pero al final, Félix se cansó y se levantó. Gil se incorporó para mirar a los niños, la piscina, el parque de atrás, como si estuviera al acecho de algo. Pero la gente ya comenzaba a abandonar el recinto. El calor aflojaba. De repente, reparó en el bañador de Félix. Solo lo miró de soslayo, como sin querer, pero ese breve instante le provocó una cierta impresión. Era de tela fina y color azul cielo. El cuerpo de Félix, embutido en ese bañador, ya no era el de un niño. La proximidad de ambos cuerpos se volvió entonces inquietante. Algo cobraba vida con una frágil intensidad. El aire caliente que venía del parque los acariciaba. Félix se dio cuenta de que Gil se había fijado en eso. No se movió, sino que esperó a que pasara. Ella estaba sorprendida. Veía el cuerpo de Félix como si comenzara a existir. Algo nuevo se había instaurado. Un chico se estaba convirtiendo en un hombre. Un chico y una chica vivían un extraño instante, un gran momento de turbación junto al borde de la piscina. Ella no lo había hecho con intención, no había querido verlo. Simplemente, lo descubrió con la mirada al volverse. Félix no se movió ni un milímetro. Dudaba entre irse ya al vestuario o no. Miró hacia los niños, al vendedor de golosinas, con sus caramelos de colores dispuestos en filas y su sombrero de paja. De todos modos, ya se acercaba la hora de marcharse. En una fracción de segundo, Gil había descubierto algo que la había dejado sin voz. Un instante que lo cambiaba todo, subvertía la situación. Félix no había hecho ni dicho nada. Finalmente, echó a andar hacia el vestuario para cambiarse.

Gil no le quitaba ojo. Estaba aturdida, vagamente avergonzada. Nunca había sentido una impresión tan fuerte. Su cuerpo, revuelto por una infancia ya en vías de desaparición, se había conmovido de un modo extraño. De buen grado se habría metido otra vez en la piscina para seguir nadando, para dejarse engullir por el agua y refrescar ese cuerpo siempre demasiado caliente, hacerlo callar. No había nada que decir, y desde luego, nada que decir a Félix. La quemazón le resultaba insoportable. Ya no era capaz de ver lo que sucedía a su alrededor, no sentía las baldosas calientes bajo los pies, los contornos se volvían borrosos. Esas sensaciones no le pertenecían. No las había sentido nunca, ni siquiera había oído hablar de ellas. Veía a multitud de hombres, pero eso no era lo mismo. Era como estar en otro tiempo, en otro lugar. Huir hacia delante, escapar, solo con los cuerpos y el sudor. Pero aquí, un bañador pedía simplemente que lo despojaran de su cuerpo. Qué extraño. Ella había conocido los encuentros instantáneos, los placeres pasajeros, las violencias simuladas o reales, los cuerpos que entrechocaban, ávidos, escurridizos, rápidamente olvidados. Y entonces aparecía un hombre detrás de un fino bañador azul cielo y surgía algo que lo sacudía todo. El Chico ya no era el Chico.

Cuando la piscina hubo cerrado sus puertas, Gil y Félix esperaron la llegada del señor de la colilla. Se le habría olvidado. El sol caía lentamente. Las sombras se alargaban en el suelo. De pie contra la tibia pared de la entrada, ambos tenían la sensación de estar todavía un poco mojados a causa de los cabellos, no del todo secos. Por suerte, aún hacía calor, el verano se estiraba. Tras el contacto con el agua, sus cuerpos estaban relajados. Esa suave fatiga, esa indolencia, ese tiempo suspendido les sentaba bien. Pronto ya no quedaría nadie, los niños de los gitanos se marcharían a los campamentos después de haberlos retado con la mirada al pasar. Desprendían una especie de hostilidad, una rivalidad propia de los cuerpos jóvenes. Ahora la

presencia de Félix implicaba una protección. Y, sin embargo, los pequeños gitanos contenían los meneos de hombros solo gracias a Gil. A medida que iba cayendo la tarde, el silencio adquiría una mayor presencia. Las voces de los pocos empleados que aún quedaban por allí sonaban de un modo extraño en los vestuarios. El rugido de las bombas de calor había cesado: la piscina reposaba durante la noche. Gil y Félix guardaban silencio, pendientes únicamente de ver llegar al improbable señor de la colilla. Aquello tenía pinta de que iba a durar. ¿De qué estaba hecho aquel atardecer de verano? De nada, de una luz resbaladiza, de dos adolescentes cuyos cuerpos, apenas secos, esperaban recostados contra una pared de ladrillo caliente. A eso se parecía. Pero ¿dónde estaba el señor de la colilla? No podía haberse olvidado por completo de ellos. El chico y la chica se miraron, súbitamente confundidos.

En contra de su costumbre, Gil regresó haciendo mucho ruido, avanzando a duras penas. El señor de la colilla no estaba en casa, seguramente dormía en casa de alguna mujer del pueblo. Punto en boca. Nadie dijo nada al respecto. Todo flotaba, no valía la pena decir las cosas, ya se adivinaban, estaban en el aire. Podían guardarse así, en suspenso, sin dilucidar. Al regresar a casa aquella noche, Gil había armado un escándalo terrible. Desde el momento en que alcanzó la puerta de entrada, y por la escalera, empezó a zarandearse como un barco en medio de la tempestad. Tenía los ojos rojos, la boca abierta y la camisa desabrochada. Reía, canturreaba. Pero muy pronto se desengañó. Tras unas cuantas idas y venidas al cuarto de baño para beber agua y lavarse la cara, sintió que le pesaba el cuerpo, le bailaba la cabeza. Se quedó quieta y se apoyó en la pared. Sirviéndose de sus últimas fuerzas, sonrió a Félix mientras le soltaba un murmullo incomprensible. Tal vez el nombre de alguien, o del perro, o de algún lugar. Se sentó en la cama y luego se tumbó. Al llevarse la mano a la frente farfulló:

—Ya pasará. —Luego hubo un largo silencio. Murmuró algo así como—: *Ya paseño.*

Félix comprendió que reclamaba un barreño. Corrió a buscarlo. Encontró uno de plástico violeta y se lo puso al lado de la cama. Ella casi metió la cabeza dentro antes de empezar a vomitar. Los hipidos y las arcadas se prolongaron durante mucho tiempo. Félix intentaba sostenerle la cabeza para ayudarla, pero ella se las arreglaba bien sola. Permanecieron abrazados sobre la palangana, esperando a que aquello terminara, esperando a que lo sacara todo y se pusiera mejor. Félix evitaba pronunciar palabra alguna.

La bombilla eléctrica los cegaba, el líquido chorreaba por las paredes de plástico con un ruido en cascada y los vivos colores de la habitación resultaban agresivos. Él también sentía alguna náusea, pero lograba contenerse. Cuando ella se tumbó boca arriba, se inclinó para verle la cara, comprobar que resistía. Ella cerró los ojos y, al cabo de un momento, sintieron que lo peor ya había pasado, la tensión caía, el estómago se relajaba. Gil había sacado a Félix de la cama y ahora él debía velarla.

—¿Puedes... la luz? —Se enroscó en una bola, como un gato. Félix apagó la luz y fue a limpiar el recipiente. Cumplió satisfecho la tarea de enjuagar el barreño mientras las puertas de las habitaciones permanecían abiertas. Regresó junto a Gil y se sentó a los pies de la cama. Estaba dormida. Le llevó su edredón para tajarla, pensó que tendría frío. La cubrió con mimo mientras miraba de vez en cuando hacia la ventana, para ver si ya amanecía. Empezó a sentir frío y entró en la habitación del señor de la colilla para buscar una manta. Luego se adormeció tendido en el colchón, cerca del rostro de Gil, pero, de puro cansancio, cayó y acabó acostado en el suelo. El

perro acudió a acurrucársele contra los muslos. La noche se había calmado. El estruendoso regreso de Gil ya había caído en el olvido. Pasados los sobresaltos de la chica que había bebido demasiado, ahora dormía encogida, con la cara hundida en la almohada y el rímel corrido, exagerándole las ojeras. La luz provenía de las dos farolas de la calle. Los sueños y ensueños de Gil y Félix se mezclarían hasta despuntar el alba.

Los días habían empezado a acortarse. Las prácticas llegaban a su fin. Félix sabía que pronto se marcharía, que el verano estaba a punto de apagarse. Se habían enterado los dos a la vez, cuando leyeron el cuestionario. Había unas fechas concretas escritas negro sobre blanco. Había algo especialmente horrible: Félix iba a irse pronto. Había venido para escribir un informe y se había tomado en serio su trabajo. La noche anterior se había sentado bajo la ondulada tulipa, con Gil enfrente, para hacerle preguntas que, ciertamente, debería haber hecho a su padre. Pero el señor de la colilla no se tenía en pie, y a Félix le había gustado preguntar a su hija. Pensó que, al abandonar el pueblo, la casa, la ventana y la habitación, abandonaría también sus catorce años.

Habían llegado ya a consumir el saldo de los días, lo decía el aire y también el color del cielo. Ya no hacía tanto calor. En el transcurso del último paseo por el sendero que conducía a la ribera, Gil se agachó para hacer pis. Al chocar contra las piedras, el líquido emitió un murmullo sordo interminable, que parecía alcanzar el horizonte. Luego, antes de que la tierra lo absorbiera, corrió hacia el río con grandes gotas claras, inacabables. Ese anticipo del otoño, así como recuerdo del torrente del verano, fue una de las últimas cosas que Gil dio a Félix. Los guijarros blancos, la tierra parda, las bragas bajadas, los muslos abiertos, las nalgas a ras de suelo y su mirada feliz al incorporarse dieron en el blanco. Fue como un estallido de risa alegre y tierna que, sin embargo, también contenía algo más grave, más sobrecogedor, una forma de dejar su huella en el camino hacia la ribera. Félix estaba atrapado; ella lo obligaría a regresar a aquel verano una y otra vez. Al verano que ya dejaban atrás con sus cielos, sus luces, sus días largos y azules, maravillosamente interminables. Y también, en consecuencia, dejaban las treguas en su habitación, la casa, la escalera, la ropa que ella le traía, el olor del perro. Ella había imprimido todo aquello en la tierra, lo había inscrito dentro de Félix al mirarlo a los ojos mientras dejaba manar el líquido entre las piernas. Ese pequeño surco siempre lo devolvería a la casa, a los días pasados, a Gil, a sus faldas claras, a sus finas piernas. Ella no se despedía, sino que retenía a Félix, lo aprisionaba, lo aferraba a sí misma. Todo eso no tenía nada que ver con dar un último paseo por la ribera, antes de volver a casa.

Y ahora, tenía que hartarse. Iba a meterse en la cama de ese chico que no dejaba de rondarle, solo una vez, se pondría encima sin pedirle nada, sin avisar, para atraparlo. Así ya lo tendría bien agarrado. De madrugada, en la penumbra, en silencio, se deslizó a su lado con la agilidad de un ladrón de manzanas. Una silueta de cabello pesado, piernas finas, vestida con telas transparentes y unas bragas blancas se metió en la cama. La luz se iba depositando en la habitación como si fuera polvo. Luego, muy rápido, quedó solo la sombra de un cuerpo a media luz y el tiempo detenido. Nada pesaba ya. La pesadez estaba abolida; las casas muertas del amanecer antes del trabajo, barridas de un plumazo. Gil se adueñó de ese momento, que no pertenecía a nadie, para meter mano a ese prometido aprendiz. Que no se fuera como había venido. Tenía que sacudirlo bajo el edredón, ir en su busca, descubrirlo. Saltar a lo más hondo del torbellino levantando la sábana para catar a aquel chico prohibido. Dar y recibir en un mismo movimiento, dar en silencio algo

reclamado, conceder el peso de un cuerpo, aunque fuera ligero como una sombra. Regalo del alba fresca. Un instante de vida apenas más real que un sueño. ¿Qué se le había metido a Gil en la cabeza aquella mañana? Sin duda, había venido a buscar a Félix para conservar la huella de aquel instante, para exaltar su recuerdo.

Todas las noches se concentraron en aquella noche, abarcando los días y los caminos. Todo se reunió allí. El tiempo se ensanchó para dar paso a las viejas sensaciones de los sueños de la infancia. Todo afloró ahí, se depositó en ese mismo lugar. No fue una victoria, sino una suerte inmensa. La suerte que, surgida de la noche, recayó sobre Félix y se deslizó en su cama. No sabía que se pudiera morir de esa manera tan dulce de madrugada. Estaba sumergido en la belleza de las cosas, invadido por ella. La vida le había mordido en el vientre. A partir de ahora, por las mañanas soñaría a menudo con ese mordisco, con esa sombra que había venido a su cama para sacarlo de allí, para tomarlo, anegarlo, tragárselo. Ya nunca volvería a ser el mismo. Una parte de él había sido arrancada, esa parte llamada infancia, tan pesada de llevar. La parte de la casa de un solo piso, con sus habitaciones llenas de niños y su césped pelado. Todo aquello se había ido volando. No la infancia entera, claro, pero sí ese cuerpo tan pesado de acarrear. Una travesía hacia algo nuevo, hacia la liviandad. Después ya no tendría sino la sensación de seguir viajando. Gil le había salido al paso como una vela, y se había alejado como una marejada. Es imposible apoderarse de las olas. Nunca se dejan atrapar. Lo único posible es sumergirse en ellas.

Un día de la última semana de prácticas, Gil no regresó del baile. Félix no sabía qué pensar. Si había echado a volar, si había desaparecido. Esa misma tarde había recorrido la casa con la piel aún caliente y roja por el sol, el cabello bien peinado y unas leves ojeras. Había entrado en su habitación para cambiarse y maquillarse. Se había puesto unos zapatos de tacón alto y había salido a la carrera sin decir palabra, dejando un aroma de perfume en el cuarto de baño y la escalera, lo cual resultaba insólito. Algo la había precipitado a la carretera; sin duda, una cita. Un coche se detuvo en el patio. El señor de la colilla lo vio, y oyó el ruido del motor y de la puerta al cerrarse. Félix, también. Pero el coche se había largado enseguida. Entonces, Gil seguramente se había ido caminando hacia el campo de fútbol, que tan bien conocía. Había llevado a Félix hasta allí en muchas ocasiones. Era un lugar de encuentro habitual entre los jóvenes. Se juntaban allí para ir al campo, a los pueblos vecinos, al baile. ¿Qué había pasado? Gil no volvió el sábado por la noche. El domingo se prolongó su ausencia, y al señor de la colilla le pareció muy extraño. De vez en cuando le echaba una mirada de reojo al reloj, pero sin inquietarse demasiado. Siguió mojando el pan en el café del desayuno, luego se fue al bar. Pero el lunes, Gil tampoco apareció. La cosa ya se salía de lo normal. Félix debería haber supuesto que sucedería algo así. Pero tenía que regresar para volver a su trabajo, a la tienda. Eso esperaba él. Nunca antes había huido de ese modo. Muy pronto la espera se hizo interminable. Félix iba de la silla al sofá, caminaba de aquí para allá, no conseguía quedarse quieto. Estar solo en aquella casa le resultaba asfixiante. Se preparó unos bocadillos que tragó sin apenas masticar, sentado en el taburete frente a la ventana. El señor de la colilla, con la mano bajo la gorra para rascarse la cabeza, lo dejó ahí plantado con la promesa de su regreso. Pero siempre acababa en el bar y allí se quedaba. Llegó la tarde, que se alargó, duró muchísimo, y luego llegó la noche. Gil seguía sin aparecer. El olor del perfume enganchado al suelo de la escalera se había vuelto desagradable. ¿Regresaría para ir a la tienda, o es que se había fugado? Pero con quién, en qué coche, en qué dirección.

La chica con falda y camiseta, la del bañador amarillo azafrán parecía haberse esfumado. Quizá había olvidado a Félix y aquella pared caliente de la larga espera juntos, aquella noche de ensueño. ¿Por qué otro cuerpo se habría sentido atraída? ¿En qué coche se habría montado? Seguro que se había metido en el ajetreo del sábado por la noche. Quizá unos brazos la habían rodeado para llevarla a la negra noche, o quizá había tenido una cita en alguna cabaña, en medio del bosque, bajo un cielo estrellado. Un lugar lejos de todo, sin autobuses, sin autocares, sin carretera. Cubierta únicamente por la noche llena y entera. O quizá, ciega de alcohol, se había perdido en un lugar desconocido, dejándose seducir por una forma de inconsciencia. Quizá era eso lo que realmente quería: desaparecer. Si lo era, Félix no tenía modo alguno de retenerla.

El señor de la colilla seguía sin ver nada con sus ojos siempre un poco húmedos. De todas maneras, su horizonte era limitado e incluso dentro de su especialidad, los caminos, las cunetas y el alquitrán, no veía más allá de sus narices. Estaba medio envuelto en brumas, espeso como un vaso recién lavado. Se arrastraba hasta el bar, se quedaba largo tiempo sentado en la camioneta, inmóvil. Caminaba aturdido por el interior de la casa, sacudía el paquete de cigarrillos para sacar uno, lo encendía. El sonido del mechero se escuchaba en medio del silencio. El señor de la colilla se quedaba en la superficie de las cosas. Sentado en la barra del bar, frente al vaso de vino, volvía la cabeza hacia la puerta cuando alguien entraba. Pero no fijaba en nadie su mirada de ojos claros, que parecían perderse en el vacío. Tenía la mente en otro lado, lejos, ni en la casa, ni en el trabajo en las carreteras. Cuando conducía la camioneta, se detenía en la orilla de los caminos para echar un sueño. Primero contemplaba el suelo con un leve cabeceo, luego levantaba la vista hacia las ramas. Quería quedarse ahí, achispado bajo el azul. Sin embargo, delante de los compañeros, se mantenía bien erguido. Nunca había flaqueado, ni siquiera borracho. No iba a flaquear ahora. Ni él ni Félix sabían si Gil iba a volver, si le había ocurrido algo, si estaba viva. El pueblo no parecía dar señales de alarma. Una tal Gil que echaba a volar no parecía tener por qué causar conmoción alguna. De todas formas, el señor de la colilla no hablaba del asunto con nadie, evitaba hacer preguntas. Sus acólitos del bar, por otra parte, habrían sido incapaces de responderle. Aquellos viejos habían llegado incluso a olvidar la existencia de los jóvenes, y en cuanto a los bailes, ya nunca ponían los pies allí. Cuando se reunían en el bar era para lloriquear, para quejarse. Ese era su pasatiempo. Inertes, indolentes, ni siquiera eran responsables de sus miserables existencias. Entonces, que desapareciera una tal Gil no tenía ninguna importancia, aunque recibieran información de primera mano sobre el asunto. No, había sitio para todo menos para eso. Gil era inaprehensible, incomprensible, exasperante. No tenía nombre, la desgracia era otra cosa. Les bastaba mirarse entre ellos para comprenderlo. Así pues, el señor de la colilla permanecía a la espera de que quizá, algún día, su hija regresara, y pensaba en ello sin hacer nada. Durante la espera bebía, con lágrimas en los ojos, y de vez en cuando soltaba una risa entrecortada. Ahora Félix se pasaba casi todo el día solo en la casa grande y vacía, abandonado por todos, sin saber qué hacer, preguntándose por qué lo habían dejado allí. Odiaba especialmente la llegada de la luz del crepúsculo. Se movía lo menos posible. Cuando tenía que prepararse un bocadillo, caminaba en silencio, como si se hallara en plena madrugada. Por suerte estaba el perro, con el que se llevaba bien a pesar de lo mal que olía. Tenía que darle de comer, y eso ya era una ocupación. La chica de las piernas blancas había desertado. Félix no sabía si era algo que hiciera a menudo. Quizá se había ido definitivamente. Había desaparecido, algo distinto la había

seducido. Por su edad, su ropa, su posición de falso aprendiz, en aquella casa Félix no estaba a la altura. Sí, claro que era un chico, pero demasiado joven para ella. Gil lo había plantado allí para irse a hacer otras cosas, sin preocuparse más por él, y se había sumergido en lo desconocido. O quizá todo lo contrario, en lo conocido. Lo cierto es que había abandonado a Félix. El sol y el verano se habían esfumado así, por las buenas.

Félix se puso a aullar delante de la ventana abierta, frente a la inmensidad del vacío. Aullaba o creía que aullaba. Notó el cuerpo partido en dos por la sensación de pérdida. Su grito resonó en el patio, en las montañas, por todas partes. No era Félix quien gritaba. Era el grito anónimo de la muerte. Que siempre resuena. Le habían arrancado a Gil. Una muerte estúpida. Un cuerpo azul a la orilla del río, ahogado. Algo trivial, la ribera, llena de tierra, barro, maleza, un vago olor a alcohol, vómito. Morir con el cabello pegado a la cara y la camisa desabrochada puede llegar a helar la sangre. Gil salía brutalmente del escenario. De golpe, ya no estaba allí. ¿Por qué la habían arrancado de la vida, de Félix, sin razón alguna? Apartada de la casa, del súper, de la piscina. Su desaparición fulminaba el verano sin que Félix pudiera llegar a saber nunca lo que había pasado. Simplemente, un suceso. En un comercio, en un rincón de la calle, en la plaza del mercado, dos adultos dirían asintiendo levemente:

—La hija del caminero se ha ahogado.

Sobre todo, que nadie dijera su nombre. Su nombre pertenecía a Félix.

Y se acabó. Félix estaba en el tren, aturdido, perdido, ya lejos de la casa. Había dejado atrás al señor de la colilla, al perro, la escalera y el sofá. El ruido de los raíles no alcanzaba a arrancarle la pena que sentía. Había cumplido quince años. Esas pocas semanas de pleno verano, de casa, cine y piscina, habían puesto su vida patas arriba. Había recorrido las carreteras bajo el sol, a zancadas o en la destartalada camioneta, había seguido al señor de la colilla para explorar el pueblo y los campos aledaños. Había descubierto por sí mismo las calles asfaltadas, las callejuelas que, de tan sombrías, parecían no existir, como aquel cine tan extraño. Se había quedado de pie en el bar, junto al señor de la colilla, esperando a que le dijeran lo que tenía que hacer. Se había sentado en el sofá para fundirse con el olor a perro del capazo. Aún tenía en la cabeza el zumbido de los camiones. Guardaba el sabor de la pasta, las patatas hervidas, las cosas insípidas y calientes que se le deshacían en la boca después de haber pasado la mañana trabajando. Se topaba con las apariciones de Gil en la escalera, ante la puerta de la habitación, en el pasillo que conducía al cuarto de baño. Temblaba cada vez que tenía que acostarse tan cerca de su habitación. Vislumbraba la violencia sexual de los cuerpos en la ribera, en el almacén del súper. Había vivido una sola noche mágica de entre todas ellas. Una noche sin nombre.

De regreso a otro lugar, otra cama, Gil y el señor de la colilla se volvían borrosos, igual que el perro. Quizá todo aquello solo era producto de su imaginación, quizá no se había enterado bien de lo sucedido. Invenções provocadas por las circunstancias de la estadía. Sin duda, aquella historia no era del todo real. Había pasado algo, había existido algo. Gil, la flaca de las piernas finas y blancas, no había sido un sueño. Ni el sol, ni el perro, ni el señor de la colilla. Ni los fríos pasillos del supermercado, ni las carreteras con olor a alquitrán, ni los caminos de cal que conducían a las granjas. Félix intentaría poner palabras a todo aquello. Con cuidado, iría a buscar a Gil, el sol y la casa para tratar de retener algo de lo que le habían quitado, para abolir aquel rapto. Volvería a los lugares donde había conocido el trabajo agotador, los anocheceres con las

ventanas abiertas y una noche mágica. Hurgaría en su memoria con la pluma en la mano para regresar a los despertares matutinos, esos momentos en que la casa aún estaba fresca después de la noche. Ahí buscaría a Gil, para verla resurgir por la escalera de madera, por el suelo vacilante a causa del linóleo apelmazado. Con su pequeño texto entre las manos, Gil recobraba la vida, estaba con él.

**UNA DELICIOSA NOVELA SOBRE EL PRIMER AMOR Y EL DESPERTAR DE LA
SEXUALIDAD QUE RECIBIÓ EN 2019 EL PREMIO GONCOURT A LA MEJOR
PRIMERA NOVELA**



Félix, de catorce años, aprendiz en una ciudad polvorienta y aplastada de calor, es alojado por su jefe. En la casa, vive también Gilberte, Gil, de dieciséis años. Ella trabaja en el supermercado, y se encarga con cierta ligereza de las comidas y el hogar. En el tiempo restante, desaparece con hombres; muchos de ellos, a menudo mayores que ella. Fascinado por la niña, Félix vive esperando una mirada de Gil, una señal. Marie Gauthier reconstruye con una intensidad magnética la atmósfera húmeda y opresiva del pueblo a mediados del verano, las sensaciones confusas del niño frente a la inquietante sensualidad del cuerpo de Gil.

Marie Gauthier (Annecy, 1977).

Después de estudiar Literatura en Lyon, dirigió su interés hacia el teatro. En 2019, ganó el Premio Goncourt a la Mejor Primera Novela por *Vestida de corto*, y en la actualidad prepara su segunda novela. *Vive en París*.